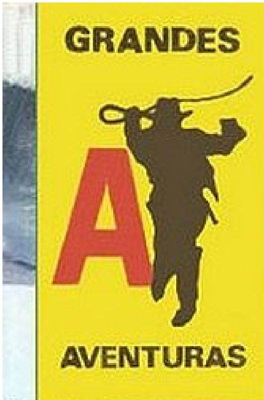




EN EL NOMBRE DE ALA, POR ZONA CALIENTE

Volaba yo sobre las montañas de Pakistán…

Ah, vaya, ¿no les he contado cómo había llegado allí?

Bueno, ahora no me apetece meterme a contarlo.

O sea que, como decía, estaba yo volando sobre los montes pakistaníes, justo después de despegar de Karachi…



Indiana James

En el nombre de Alá, por zona caliente

Bolsilibros - Indiana James - 38

ePub r1.0
LDS 22.05.18

Título original: *En el nombre de Alá, por zona caliente*
Indiana James, 1987
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Volaba yo sobre las montañas de Pakistán…

Ah, vaya, ¿no les he contado cómo había llegado allí?

Bueno, ahora no me apetece meterme a contarlo.

O sea que, como decía, estaba yo volando sobre los montes pakistaníes, justo después de despegar de Karachi…

… A bordo de un decrepito avión marca ni-se-sabe, de esos que las compañías utilizan para vuelos Charters siempre que consiguen mantenerlos medio en condiciones de seguir en el aire, y me ocupaba en saber qué parte del aparato cedería antes: si se caería un ala, se pararía un motor, se rompería una ventanilla o simplemente se separarían dos planchas del suelo y se nos perdería algún pasajero…

No es que lleváramos muchos, desde luego. Quiero decir, pasajeros. Apenas un puñado de locos lo suficientemente audaces (y lo bastante faltos de dinero) como para desafiar al destino confiando su vida a un cacharro parecido.

Había una religiosa delgadísima, que parecía la Sor Teresa, o Hermana. No Sé Cuántos, sí, la del Nobel o no sé qué de la India. Lo digo por lo delgadísima, arrugadísima, una misionera de esas que parece que se sostienen por el hábito, que si no se doblarían. Una mujer que sería todo lo caritativa que fuera, pero que me estaba poniendo cada vez más nervioso, y nos ponía a todos, murmurando jaculatorias cada vez que el avión pegaba un crujido, o pillaba un bache de aire, o hacía cualquier cosa rara… que era cada dos minutos, poco más o menos. Venía a ser como un eco: crujido, o lo que fuera, y jaculatoria de la buena mujer. Como para tirarla por la ventanilla con cualquier excusa.

Más allá, sentados muy juntos, una joven parejita de tiernos

aprendices de *hippy* algo retrasadillos en el tiempo. De los que siguen pensando que por el Nepal o la India van a encontrar un nuevo mundo, y se vuelven a casa cuando la miseria les puede. Delgaditos, nerviosos, con alguna ojera y pinta de hambre atrasada. Mochila vieja y vaqueros desteñidos, seguro que les suena el aspecto a poco que se hayan movido por esos aeropuertos del mundo.

Luego había un inquietante árabe de ojos oscuros y aspecto de guerrero del desierto, con ese orgullo innato que lleva puesto cualquier individuo de esos países, cuando no está demasiado contaminado de civilización. Le acompañaba una mujer joven, inmaculadamente vestida de blanco, incluido el pañuelo de cabeza, como manda la ortodoxia islámica. No, no es que fuera vestida de novia, ya saben que en el Islam, el blanco es color de luto, al revés de lo que se acostumbra en la orilla norte del Mediterráneo.

Y un par de honestos ciudadanos con pinta de campesinos y la piel moreno aceituna de los pakistaníes, que probablemente volaban hacia Occidente dispuestos a hacer fortuna. De esos que luego sirven al Günter Wallraaf para contar las cabronadas que en Alemania hacen con los trabajadores extranjeros para sacarles las castañas del fuego a los naturales del país (¿No han leído el libro «Cabeza de Turco»? Pues vale la pena). Daban más lástima que otra cosa.

Había otros tres o cuatro pasajeros que más parecían sacados de un autobús de pueblo que metidos en un avión… o lo que fuera aquel artefacto volador. Con decirles que no había ni azafata… Para qué iba a servir la pobre ¿para mentirnos diciendo que no iba a pasar aquello que todos sabíamos que podía llegar en cualquier momento? ¿Qué iba a decimos, cómo se ponían los salvavidas? No creo que los hubiera… Y si la limonada que reparten las grandes compañías de aviación ya es infecta, imagínense lo que hubieran repartido allí.

O sea, que uno tragaba saliva, y hacía como en las viejas películas de submarinos: mirar a las esquinas, a las junturas de la chapa, intentando calcular cuál iba a ceder primero. Algo que nunca ha servido sino para ponerse aún más nervioso y fomentar el masoquismo.

Así que procuré mirar por la ventanilla un poco. Y pude ver

entonces que, después de ganar altura desde Karachi, ahora seguíamos la línea de la costa en dirección al golfo Pérsico.

Era muy tranquilizador. Un completo menú en manos del piloto. Ahora podría escoger entre estrellarnos contra el suelo o ahogarnos en el siempre poético océano. Servicio a la carta. Una maravilla. De momento, volábamos sobre el agua.

En ésas, de pronto, sentí aire fresco en la cara.

«Vaya, pensé, ya se le ha abierto a esto un agujero en el fuselaje».

Pero al momento, la monja, o misionera, o lo que fuera, subió el tono de sus latines y dijo algo de miserere dómine vita nostra o qué sé yo. El árabe inquietante empezó a soltar *jaches jaspiradas* de *jesas* que tienen de sobra en su lengua, que parece a veces que en lugar de hablar escupen, y el follón que se armó en el avión fue mayúsculo.

Señalaban por la ventana del otro lado, el suyo, el opuesto a donde iba sentado yo.

Salté para allá, medio pisé a alguien, y pude verlo. Claro que lo vi.

Un paracaídas abriéndose. Un maldito paracaídas desplegándose allí atrás. Y debajo había otro. Y más abajo aún, una mancha naranja colgando de otro más, de un tercer paracaídas bien desplegado, del mismo color internacional de emergencia.

«No puede ser», me dije. «Nadie puede ser tan cabrón».

Pero sí que podían.

Corrí hacia la cabina de mandos. Sí, había una. Esperaba encontrarme una rueda de timón como las de los barcos piratas, o unos remos, pero no. Tenían hasta rueda de esas partidas por arriba y todo. Y dos asientos, dos.

Pero vacíos.

Y por el camino, a poco me caigo por el agujero recién abierto en el fuselaje. Una puerta por la que se veía el ala. La puerta por la que el par de hijos de puta que pilotaban aquel trasto acababan de saltar, lanzando antes una balsa de emergencia de las internacionalmente usadas para rescate. De esas que se inflan solas, en el aire, a la vez que el paracaídas se abre.

Hijos de perra. Hijos de perra sarnosa. Nos habían dejado a nosotros, o más bien al avión, la elección del menú. Desertores del

carajo. Asesinos.

Me senté a los mandos, como pude. Por allí atrás, los pasajeros gritaban como locos.

Lo he hecho otras veces, ya saben. Tengo mi idea, ya saben, de lo que pasa en una cabina de mandos de avión.

Incluso he aterrizado con trastos de ésos, y salido con vida, palabra. ¿Tengo que demostrar que sí, que estoy vivo aún? ¿O les basta con mí palabra?

Pero hay antigualla s que hasta a mí se me resisten.

Aprendí a pilotar incluso helicópteros, pero no me llevo bien con los aviones antiguos. Dicen que es más fácil, pero nunca lo he tenido muy claro.

Entre lo que sé, está el que tirando del volante partido ése hacia uno mismo, el avión se levanta. Así que lo hice, como primera medida.

Justo a tiempo, porque el paisaje se acercaba demasiado rápidamente.

Una vez estabilizado, y más o menos en horizontal, di gases. Y no pasó absolutamente nada.

Volví a darle al mando. Nada en absoluto.

—Fallan los motores —dijo una voz en un Inglés aproximado, a mi espalda—. Los dos están fallando.

Me volví rápidamente para ver si era cierto y, en efecto. Las palas de las hélices parecían dos ventiladores reumáticos y renqueantes, a punto de pararse. Los dos Igual. Había enderezado el aparato por pura inercia.

Y además, comprobé que era el árabe quien había hablado. Pero no tenía tiempo de sorprenderme siquiera.

—¿Entiende algo de esto? —le dije—. ¡Porque con una leve idea que tenga, seguro que sabe más que yo!

Creo que soltó una maldición, y me parece que dirigida a todos los occidentales en general y a los no islámicos en particular, pero vino a sentarse a mi lado, en el asiento del copiloto.

Y sí, parecía saber lo que hacía.

Por lo menos, si no lo sabía, lo disimulaba muy bien.

Con decir que encontró la razón de la avería de los motores casi cuando aún no se había terminado de sentar…

—Combustible —dijo, con su horroroso acento—. Esos *kfir* de

los Infiernos, Allah los confunda, deben haber vaciado los depósitos. O no los llenaron.

He andado ya lo suficiente por los países árabes para saber que si un árabe te llama *kfir* es mucho más que decirte «Infiel». Viene a ser una especie de encamación viviente de todo el mal del mundo. Normalmente los Islámicos hacen como que no se enteran de que eres de otra cultura que ellos, te hacen el honor de no reconocerte como enemigo de fe. Si no, tendrían que Intentar convertirte, o rebanarte el cuello…

Pero no estábamos para bromas. Aquello se venía abajo sin remedio.

—Alerones —dijo el árabe—. Levanta los alerones todo lo que se pueda, extranjero.

Vaya ¿qué decía? Yo era «extranjero» y no *kfir*. No del todo enemigo de la fe. Un gran honor.

Total, nos la íbamos a pegar de todas formas, juntos…

Tiré del volante-timón de profundidad. Por poco lo saco del eje. El avión apenas se enteró. El morro estaba como desmayado, con una extraña tendencia a Irse hacia delante. Aquello no lo levantaba ni Lindberg, puestos a nombrar a algún as de la aviación.

—Procuraré preparar a los pasajeros —dijo otra voz a mi espalda.

Me volví a tiempo de ver quién era. Maldición, la monja.

«Ahora me los pone a todos a rezar la recomendación del alma», pensé. «Y como el musulmán se me mosquee, vamos a tener una guerra de religión a bordo y todo».

Pero no. Para no acabar con las sorpresas, resultó ser más eficaz que la azafata más entrenada.

—Tranquilícense todos —la oí que decía por allí atrás—. Estos dos pasajeros que han tomado los mandos controlan perfectamente la situación. De todas formas, habrá que realizar un aterrizaje de emergencia. Ajústense los cinturones de seguridad, y protejan la nuca con las manos, los codos hacia delante. Alejen de ustedes toda pieza del equipaje que pueda herirles, y estén tranquilos. La situación está bajo control, y…

Qué tía. Hablaba como si hubiera pasado la vida en la Swissair, o en la TWA, o qué sé yo. Para que te fíes de las religiosas.

Pero no tenía mucho tiempo de preocuparme por nada que no

fuera controlar aquello. Por si estaba tranquilo, el árabe descubrió un par de cables cortados. Los hijos de perra que habían ocupado aquellos asientos antes que nosotros se habían ocupado de romper el sistema eléctrico auxiliar. No había manera de hacer nada.

—¿Tienes idea de qué podemos hacer, discípulo del profeta? —dije a mi acompañante.

No pareció molestarse demasiado. Al fin y al cabo, le había hecho un cumplido.

—Ni idea, extranjero. Pero déjame los mandos a mí. A ver si me las arreglo.

Lo hice, un poco ofendido. Si yo le contara a aquel tipo las hazañas que tengo en mi haber, manejando trastos más complicados que aquel… pero no era el momento de pelear.

Rebusqué por la carlinga. Nada. La radio no funcionaba, no había un mal paracaídas ni nada semejante. Ni siquiera chalecos salvavidas. Sólo un paquete de bengalas, que de poco servirían si no quedaba nadie vivo para usarlas. Y de todas formas, ¿quién iba a preocuparse de buscar semejante pieza de museo? Son las grandes compañías las que organizan operaciones complicadas de rescate de sus clientes.

Volví a mi asiento. El árabe sudaba, agarrado al timón de profundidad como a una tabla de salvación. Pero el suelo se acercaba demasiado.

—Procura no caer demasiado lejos de la costa, si nos vamos al agua. No hay nada que flote, aparte de algún cojín de los asientos —le dije.

Lo que sonó en sus labios debió de ser otra maldición, a juzgar por lo contundente que resultaba.

—Haré lo que pueda —dijo—. Pero este trasto es pura basura.

Allá abajo rompían las olas sobre una costa pedregosa, con rocas no muy altas. Menos mal que no eran acantilados. Pero tierra adentro no se veía el menor signo de vida. Bonita perspectiva, pensé.

Volví al interior, y esta vez me asomé a la cabina de pasajeros. No parecían muy felices, pero estaban relativamente calmados.

La religiosa me interrogó con la mirada. Hice un gesto de seguridad.

—¿Dónde aprendió el oficio? —le dije—. Parece que lleva toda

su vida haciendo esto.

—De todo hay en la viña del Señor —dijo—. Cuando se vive en tierra de misión hay que viajar mucho, y algo se aprende. Ya sabe lo que dice el Evangelio: «Haceos astutos como serpientes y sencillos como palomas».

Toma ya, salida. ¿A qué se pondría a predicarme ahora? Decidí volver al puesto de pilotaje, antes de enfrentarme con mi salvación eterna.

Lo que fuera, estaba próximo. La costa estaba allí mismo ya.

—¡Agárrate, extranjero! —dijo el árabe.

Apenas pude ponerme el cinturón de seguridad, cuando el parabrisas se llenó de espuma.

Habíamos caído al mar.

CAPÍTULO II

El árabe sabía lo que hacía, ya digo.

Caímos al mar cerca de la playa, aprovechando un punto donde las olas rompían planas, una zona libre de rocas casi por completo. El impacto fue brutal, pero podía haber sido peor.

Algo sonó allá atrás, por la cola del aparato, un crujido siniestro.

El mismo impulso del vuelo nos hizo surcar las olas hacia la playa, como una canoa enorme.

De todas formas, las rocas se acercaban.

Se acercaban demasiado deprisa.

Y a mí no me gusta el «surf». Mucho menos aún, con un avión lleno de gente.

Las olas pasaban por encima del morro ya, barriendo el parabrisas, y aquello no se detenía.

«Dioses, nos vamos a estrellar después de todo», pensé.

El avión tocó tierra (arena, mejor dicho), con un gran TCHHRAAAAAAC, estridente, espeluznante.

Surcó la playa levantando arena como antes había levantado espuma, casi en surtidor.

Atravesó la franja de playa a toda velocidad, mientras desde la cabina yo veía acercarse las rocas de forma más que amenazadora.

Estaban cerca ya.

Muy cerca.

¡Nos íbamos a estrellar!

Algo allá abajo hizo *CRACK*.

Luego un CRUNCH.

El fuselaje se estremeció.

Todo saltó de pronto.

Sentí que el cinturón de seguridad se me clavaba en la carne,

salvajemente.

El asiento se desprendió. Salí despedido hacia un lado, con asiento y todo, y me encontré de pronto con la cara contra un mamparo de instrumentos.

Oí unas exclamaciones en árabe, a mi lado.

Cayeron objetos diversos en todas direcciones, volaron papeles, se desprendieron instrumentos de los fijados en el techo.

Y luego, de pronto, todo quedó en calma.

Me entraron unas ganas tremendas de salir corriendo.

Cuando conseguí enderezarme, el árabe, allí cerca, medio enterrado por todos los trastos que habían cambiado de sitio, se movía en su asiento como un zombie, con los ojos como adormilados, conmocionado. Le arranqué el cinturón a toda prisa, y lo arrastré fuera.

No resultó fácil. El avión había perdido la verticalidad, y la puerta por donde habían saltado los pilotos quedaba abajo, la mitad del hueco de salida tapado por la arena.

Quedaba, sin embargo, espacio suficiente para salir gateando, y eso hice, arrastrando al árabe conmigo.

Mira por dónde, había sido una suerte que aquella escotilla estuviera abierta. De no haber sido así, no hubiéramos podido abrirla.

Ya fuera, arrastré aún al árabe hasta unos metros más allá. Cuando calcule que estaría seguro, me volví hacia el avión.

Me detuve un momento para evaluar la situación. No estaba muy brillante, pero podía haber sido peor. El ala de babor, o sea, la izquierda, había cedido, casi arrancada, y el fuselaje se había inclinado hacia ese lado, de ahí que la escotilla estuviera medio tapada. Un grupo de rocas menores había hecho que el cuerpo central se partiera, con una gran raja, probablemente los dos grandes ruidos que yo había oído, y el impacto que desplazó mi asiento hacia un lado. Y faltaba todo el sector de la cola por donde se fijaba al fuselaje el timón de profundidad izquierdo, o sea, la parte izquierda, había cedido, casi arrancada, y el fuselaje se había inclinado hacia ese lado, de ahí que la escotilla estuviera medio tapada. Un grupo de rocas menores había hecho que el cuerpo central se partiera, con una gran raja, probablemente los dos grandes ruidos que yo había oído, y el impacto que desplazó mi

asiento hacia un lado. Y faltaba todo el sector de la cola por donde se fijaba al fuselaje el timón de profundidad izquierdo, o sea, la parte horizontal de la cola. Un par de asientos destrozados aparecían por allí. Me estremecí de pensar lo que podría encontrarme al entrar en la cabina de pasajeros.

Corrí hacia la escotilla semienterrada. Yo me sentía entero, aunque algo magullado.

Llegado allí, me puse a gatas en la escotilla y escarbé como los perros cuando quieren desenterrar un hueso.

Amplié la abertura lo suficiente, y me lancé de cabeza dentro del avión de nuevo.

Una cosa me tranquilizaba: vacíos los depósitos de combustible y cortado el equipo eléctrico, no había casi ninguna posibilidad de incendio. Algo era algo.

Cuando estuve dentro de nuevo, me encontré con la compañera del árabe. La blancura de sus ropas parecía haberse prolongado en su piel, y ahora parecía una estatua de mármol. Venía conmocionada, pero sin heridas, y se movía como le era posible hacia la salida. Me aparte para dejarle paso, y le hice alguna seña mostrándole el exterior, queriendo informarla de que su hombre estaba fuera. No estaba muy seguro de que me hubiera entendido, pero la vi que gateaba saliendo.

Dentro, con todo el fuselaje inclinado, la cosa estaba más fea ya. Los asientos se habían desprendido también allí, como era de esperar dado el estado general del cacharro, y los pasajeros habían corrido distinta suerte. La que parecía más consciente era la religiosa, invulnerable ella, que se afanaba como una hormiga laboriosa en echar una mano a los demás… con poco éxito.

De esos otros, el chico aprendiz de *hippy* estaba listo. Su asiento había cambiado de sentido, y ahora colgaba del cinturón de seguridad desde un punto cercano al inclinado techo. La postura de los brazos, colgantes y oscilando como dos pingajos inertes, daba ya a entender, al primer golpe de vista, que estaba muerto. Cuando uno se fijaba en lo que quedaba de su cara, se confirmaba el diagnóstico.

Su chica vivía aún, pero no estaba muy consciente. Por fortuna, no debía ver a su compañero desde el punto en el que había quedado entre el amasijo de asientos y equipaje revuelto. La monja

estaba intentando quitarle el cinturón de seguridad, difícilmente.

Los dos hombres con pinta de campesinos parecían estar despertándose de un sueño. No les había ido mal tampoco, aunque uno de ellos sangraba abundantemente por una herida en la cabeza. Pero ya se sabe cómo son ese tipo de heridas.

De los restantes, los pasajeros que no había yo visto apenas por encontrarse detrás de mí, sólo había señales de dos de ellos. Y no eran buenas señales. Algunos de sus miembros aparecían entre el revoltijo de asientos. Uno de ellos había recibido de frente el impacto de uno de los asientos desprendidos, y estaba medio aplastado. La cabeza del otro había salido al encuentro de la gran raja del fuselaje cuando se partió, y el metal desgarrado le había alcanzado el cuello. Casi una guillotina perfecta. Los dos estaban listos.

De los demás… ni rastro. Ni siquiera podía yo saber cuántos faltaban.

En la parte izquierda de la cola había un gran agujero, el que había visto desde el exterior. Si ellos o sus cuerpos flotaban en el mar, habría alguna posibilidad de que aparecieran aún. Si no… mejor sería olvidar lo que pudiera haberles pasado.

Así que me concentré en ayudar a los supervivientes. Conseguí apartar los asientos del agujero en la trasera para, dar salida por allí a los campesinos emigrantes. Uno ayudó al otro, y salieron. A la chica, resultaba más fácil sacarla por la escotilla delantera, así que ayudé a la monja a hacerlo. Por fortuna, estaba lo bastante atontada como para obedecer en plan zombie.

Cuando todos estuvieron fuera, volví al interior de la cabina. Pude rescatar algunos equipajes y la caja de bengalas que había visto ames. De algo servirían, en el remoto caso de que alguien apareciera en nuestra búsqueda. Pero estaba claro que era una esperanza remota.

Volví con los demás supervivientes.

—Soy un estúpido, extranjero —dijo el árabe, con voz como sin fuerzas—. Lo he estropeado todo. Tú lo habrías hecho mejor.

—Ni hablar —dije, muy de corazón—. No se podía hacer más con ese trasto muerto, sin combustible ni fuerza eléctrica. Los que estamos vivos te lo debemos a ti.

Y juro que no lo dije por levantarle el ánimo. Era la verdad. Ni

yo mismo lo hubiera hecho mejor… si es que yo hubiera conseguido hacer algo.

Miré al maltrecho grupo. Tampoco ahora se podía hacer demasiado. El árabe y su chica por lo menos se tenían el uno al otro. Los campesinos parecían entenderse sólo entre ellos, y se hacían compañía mutuamente. La monja se dedicaba a atender a la chica *hippy*, y buena falta le haría a la pobre cuando se diera cuenta de que su compañero había muerto. Y luego estaba yo…

Yo no tenía nadie a quien dar la lata, así que actué.

Pude sacar los dos neumáticos, hechos pedazos, de sus alojamientos respectivos del tren de aterrizaje. Menos mal que al rodar de panza se había destrozado la chapa de alrededor, que si no…

Así que hice lo que suele recomendarse cuando se viaja por el desierto y hay problemas: pegarle fuego a un neumático. Es verdad que hacen un humo negro, denso y persistente que viene muy bien como señal de «estamos aquí». Pero la verdad, no tenía mucha esperanza de que nadie viera esa señal.

Dosifiqué en lo posible los trozos de neumático, reservando algunos para más tarde. Al menos, que la columna de humo durara un tiempo. Alguna posibilidad más habría.

Siempre quedaban las bengalas, claro.

Luego, por señas, Indiqué a los campesinos que me ayudaran, y se lo dije también al árabe.

Entre todos, cavamos unas fosas para los cadáveres.

El aprendiz de *hippy* fue el primero. Eso nos ofreció un fondo de llanto y gemidos durante el resto de la tarca, a cargo de su compañera, que se había portado demasiado bien hasta entonces. Tampoco se podía culpar a la pobre chica.

Pero cuando terminamos la tarea, decidí ponerme duro. Los lloros Iban a terminar por ponerme nervioso al personal.

—Vale ya de llanto —le dije, con cara de Humphrey—. Aquí hay más gente, y nos vas a bajar el ánimo a todos. Venga.

La monja me echó la bronca. Que si no tenía sentimientos, que vaya forma de hablar, que si no me hacía cargo, que…

—Mire, reverenda, estamos en un apuro ¿sabe? Así que no me alborote a la tripulación ¿de acuerdo? Cuando estemos de vuelta donde la humanidad, me echa las broncas que quiera.

—De todas formas, no es manera de hablar, ni…

Fue la misma chica quien la cortó:

—Está bien, déjelo. Me hago cargo.

Me detuve a mirarla con una atención especial. Caramba, por debajo de las lágrimas salía una mujer. Había sacado un gesto de decisión propio de una tía con clase, con bastante clase. Por lo visto, todo el mundo estaba dispuesto a sorprenderme. Sólo me faltaba que los dos emigrantes me resultaran ser agentes de la CIA disfrazados.

El árabe, mientras, rescataba equipajes de los restos del cacharro. Se dirigió a mí con voz iracunda:

—Y aún queda por saber la razón de esto. Cuando les ponga la mano encima a esos hijos de perra, *kfirs* que Al la h confunda…

Sí, ésa era otra Incógnita. Pero como no había mucha forma de darle una solución, resolví para mí mismo dejarla para más tarde.

—Y tú, discípulo del Profeta ¿dónde aprendiste a pilotar un avión?

Se encogió de hombros, con lo que parecía ser una sonrisa, muy disfrazada con gesto de duro:

—Hice el servicio militar en mi país.

Y no hubo forma de sacarle más. NI siquiera cuál era ese país.

Empezaba a mosquearme un poco.

En bonita situación me había metido. Así, de la noche a la mañana y sin comerlo ni beberlo, me encontraba tirado en algún punto de la costa pakistaní, no lejos del golfo Pérsico, que es la zona más conflictiva del mundo entero, y con un montón de gente de quienes no sabía nada sino que el aspecto físico no coincidía con lo que resultaban ser… En resumen, que una vez más, como parece ser una constante en mi vida, me encontraba con que aquello no tenía pies ni cabeza.

—Pero bueno —dije de pronto, en voz bien alta—. ¿A alguien se le ocurre qué mil demonios podemos hacer?

Me sorprendí de escucharme a mí mismo, se sorprendieron todos de la voz que yo había dado, y me aumentó aún más la sorpresa cuando vi las caras de sorpresa que todos me ponían. Fui leyendo en las expresiones de todos un mismo mensaje: todo el mundo pensaba que era precisamente yo quien debía de saber eso. Sorprendente.

Tragué saliva.

En realidad, yo había hecho ya algo que suelo hacer a menudo: tomar decisiones rápidas, actuar. Había tomado de hecho el mando. Maldita sea, eso significaba que tenía a todos aquellos personajes diversos a mi cargo, como una gallina clueca.

Y encima, no podía defraudarles.

«Indiana, viejo, la próxima vez…», pensé.

Pero no terminé. La próxima vez, seguro que hago lo mismo.

Es mi sino.

—Bueno, habrá que hacer algo —dije—. ¿Alguien tiene alimento del tipo que sea?

Se miraron todos. La chica sacó una pastilla de chocolate, creo que de esas inglesas, que son las mejores del mundo. La monja dijo que tenía un bocadillo, si conseguía encontrar su equipaje. Los campesinos se miraron. Les hice el gesto universal ese de meterse con la mano algo en la boca. Sonrieron, afirmando con la cabeza. Uno se levantó, cogió un paquete de los que habían sacado del avión junto con el árabe, y lo abrió. Higos secos, huevos duros envueltos en papel de periódico bastante guarro, carne seca al estilo hindú. Quizá muriéramos de disentería comiendo aquello, pero no de hambre… por el momento.

Un consuelo.

Y en aquel momento, sonó un motor.

—¡Vienen a buscarnos! ¡Estamos salvados! —dijo la monja—. ¡Loado sea Dios, que no abandona a los suyos!

Lo que apareció fue un helicóptero militar. Uno de esos típicos Bell «Huey», de los que el mundo entero sabe distinguir desde lo de Vietnam.

Yo no las tenía todas conmigo.

Un sexto sentido, ya saben.

Y estaba muy muy lejos de equivocarme.

Capítulo III

Hasta la monja debió de darse cuenta pronto de que, si Dios había enviado a aquellos hombres, alguien le había dado gato por liebre.

Yo lo supe cuando les vi descender del helicóptero.

No, no eran de la Cruz Roja precisamente. Ni siquiera de la Media Luna Roja, que es el equivalente, pero en territorio musulmán.

Y tampoco de ningún ejército de país civilizado.

No había más que verlos.

Se vestían con lo que parecían restos de guardarropa de un plato de Hollywood. Una mezcla de prendas civiles y militares, deportivas y campesinas, de lo más heterogéneo. Desde sombreros de paja a botas de deporte, desde los pantalones de un chándal que debió ser gris claro en la ya lejana fecha en que estuvo limpio por última vez, hasta una camiseta con las letras «I love Bahamas». Pantalones de camuflaje estilo Rambo asomando por debajo de la típica blusa de medio cuerpo hindú. Un chaleco sin mangas de traje a la británica sobre unos tejanos descoloridos: más aún que los de la chica aprendiz de *hippy* y recién viuda.

Aquéllos no eran soldados, ni equipo de rescate. Aquél era un grupo armado, al servicio de quien sabe qué intereses. Mercenarios a sueldo, en una palabra. Y bien armados con todo tipo de armas de fuego.

Bajaron, y parecían sorprendidos de vernos. Miraban al avión, nos miraban a nosotros y algo parecía no encajar en lo que veían.

Con eso empezó a abrirse una luz en mi cerebro, y la sangre a hervirme por las venas. Empezaba a entender.

—Bueno ¿qué? —les dije—. ¿No saludan, ustedes que acaban de llegar?

Empezaron a hablar entre ellos, mientras el helicóptero detenía las aspas, que giraron todavía un buen rato. Señalaban el avión, nos señalaban a nosotros… A saber qué idioma era el que usaban. Me sonaba lejanamente a árabe, pero eso era todo.

En cambio, nuestro árabe particular debió de entenderlos, porque soltó una de las sonoras maldiciones que ya le había oído cuando pilotaba el avión.

Se puso el píe de un salto.

—¡Maldita sea, sí! ¡Claro que estamos vivos! ¡Miradnos! ¡Vivos y en movimiento! —dijo, en inglés.

El resto, se lo soltó a ellos en árabe. Y debieron de entenderle, porque uno de los esbirros vino a su encuentro, y lo hizo sentar de un culatazo en la boca del estómago. El mojamé piloto se hizo un ovillo recogiéndose sobre sí mismo, y cayó en la arena. Su blanquísima compañera le atendió.

Los otros siguieron deliberando. Me fijé en su armamento. Era tan heterogéneo como la vestimenta. Una metralleta británica «Sten», varios viejos fusiles «Enfield», también británicos y una no menos vieja pistola ametralladora «Sterling», de la misma procedencia. Si no fuera porque había también otra pistola ametralladora, pero esta vez francesa, una «Mat 49», hubiera dicho que habían atracado un almacén de Su Graciosa Majestad la Reina de Inglaterra.

Tenía ya muy pocas dudas, pero se me disiparon con el sonido de otro motor. Y esta vez venía por el mar.

Apareció enseguida. Y ya no fue hervir lo que me hizo la sangre. Fue todo un guiso de rabia y las peores intenciones asesinas.

Era una lancha a motor, que remolcaba un bote de goma anaranjado…

… En el que venían dos figuras. Dos. Y no tuve que preguntar quiénes eran.

El árabe tampoco. Se le pasaron de golpe los efectos del culatazo.

Y la chica *hippy* también reaccionó, saltando como uno de esos paquetes-sorpresa en los que sale un monigote con un muelle.

Todos habíamos reconocido la balsa neumática naranja, y habíamos hecho la misma asociación de ideas: los pilotos. El par de asesinos que nos habían condenado fríamente a muerte, aunque no

lo hubieran conseguido más que con el chico de la chica.

Como los dos hijos de puta estaban aún en el mar, cargue contra los que tenía más cerca: los mercenarios.

Y lo hice en plan ariete, de cabeza. Un perfecto *plongeon* que terminó con mi cabeza contra el estómago de uno de los individuos armados. Esquivé por milímetros su cinturón-canana lleno de balas, que a punto estuve de clavarme en la cabeza.

Un instante después, casi en el mismo salto, largaba una patada con las peores intenciones a otro de ellos. Justo a esos órganos que la naturaleza destina a la continuación de la especie.

Dos rodando por el suelo, momentáneamente fuera de combate.

Pude ver al árabe haciendo algo parecido. Se arrojó sobre otro de los mercenarios y no sé lo que le hizo, pero lo puso a volar sin alas. Luego, cayó sobre otro.

En cuanto a la chica, fue menos eficaz. Se lanzó chillando, gritando como una histérica, sobre un individuo barbudo, que la detuvo con sólo cogerle las manos, yo diría que entre sorprendido y divertido. Pero al menos consiguió entretenerlo.

Un instante después la metralleta francesa, la «Mat», volaba por los aires, seguida de cerca por el tío que la empuñaba un momento antes. Como propulsor, mi gancho a la mandíbula, en el que puse toda la rabia acumulada en las últimas horas.

Mire alrededor, y comprobé que sólo se movía el del cabezazo. Le largué una patada a la boca como para hacerle cliente de un buen dentista todo el resto de su vida. Luego, como quien pisa ratas, que en cierto modo lo eran, añadí otro poco a la duración del sueño del tío al que le había pateado el «sembrador de niños» minutos antes. Ahora quedó muy tendido en la arena.

Me sorprendió una ráfaga de disparos muy cercana. Pero no había de qué preocuparse, estaba de nuestra parte.

El árabe había recogido la «Sterling» y se dedicaba a vaciar el cargador sobre los que estaban en el agua, sin pensar en más. Sobre los que se acercaban en la lancha, remolcando la balsa de goma.

Sin pensar en más, digo. Sin pensar, por ejemplo, en el pobre barbudo que aun estaba ocupado en impedir que le sacaran los ojos, como parecía ser la intención de la chica. Me miraba a mí, mientras tanto, como pidiendo solidaridad de macho ante el peligro inminente.

Fui muy poco solidario: le descargué la culata de uno de los fusiles en la nuca. Le crujieron las vértebras como cuando aplastas una de esas cajas de fruta de madera floja.

Y en el suelo, aún seguía queriendo comérselo la chiquilla, la frágil y delgada viajera. Tuve que separarla del tío, que al fin y al cabo no era más que cómplice… y probablemente estaba ya muerto.

Los culpables, o los autores principales del delito, estaban en el agua. Y dirigí mis siguientes esfuerzos contra ellos.

Lo hice más premeditadamente que el árabe.

En lugar de regarlos con un chorro de balas, como él, hice como en las películas de John Wayne: «no tirar hasta verles el blanco de los ojos», ahorrar municiones.

Me eché a la cara el viejo «Enfield», orgullo del Imperio Británico, y probé su eficacia proverbial para el tiro a larga distancia.

La primera bala se la metí a la lancha muy cerca de la línea de flotación. Ese tipo de embarcaciones tiene doble fondo de seguridad, así que subrayé el trabajo con otro balazo casi en el mismo lugar, para seguridad mayor.

Luego, apunté a la cabeza de uno de los asesinos. Cuando apreté el gatillo, el individuo no tuvo que esperar a que la balsa se hundiera para ahogarse. Abrió los brazos, los agitó un instante, y salió hacia atrás, levantando espuma al caer al agua. Creo que ya estaba muerto para entonces.

El árabe, mientras, había destrozado la lancha a tiro limpio. Las pistolas ametralladoras no son demasiado eficaces para distancias largas, no están hechas para eso y su cartucho no da la fuerza necesaria, pero así y todo la rociada había hecho efecto.

Ahora teníamos un montón de asesinos comprobando sus propiedades anfibias. Que no debían de ser excesivas, a juzgar por los ascos que le hacían al agua. No parecía que la usaran a menudo.

Yo me había tranquilizado algo, bajando el fusil, y pensaba en ese momento que quizá valdría la pena dejar vivo a alguno, para saber quién había tras de todo aquello, cuando la cabeza dejó de servirme (momentáneamente) para pensar.

Algo estalló en mi nuca, llenándome el cerebro de estrellas multicolores, bailantes, juguetonas como en verbena pueblerina.

Luego vi la arena acercarse rápidamente a mis ojos.

Pero no hubo arena, sólo un pozo sin fondo, negro, muy negro. Caí por él dando tumbos, interminablemente.

Y vete a saber el tiempo que estuve por allí, por lo más hondo.

* * *

Me había olvidado de que los helicópteros tienen piloto.

Y de que los pilotos no son un accesorio del helicóptero.

O sea, que saben hasta intervenir en una pelea.

Y golpear por detrás y todo.

Pero hay cosas que no dejan de aprenderse nunca. Si te dan tiempo para ello. Mira que llevo peleas ya. Bueno, pues siempre se deja uno algún cabo suelto.

Mi propia cabeza parecía eso precisamente, un montón de cabos sueltos. Me costó un trabajo inmenso ir anudándolos para que volviera a ser una madeja bien organizada. Al final, resultó ser una cabeza.

Y cuando volvió a funcionar, lo primero que vi fue al árabe, convertido en morcilla.

Quiero decir, atado como para hacer embutido.

Eso me hizo ver que yo también estaba atado con buen lujo de cuerdas.

Algo más allá, estaban los demás. Quiero decir, las tres mujeres, religiosa incluida.

Y más allá aún, los dos campesinos arabizantes, que se dedicaban a lo suyo: trabajar la tierra. Pobre gente, parecía ser su destino.

Sólo que no era tierra, sino arena. Y había dos tipos encañonándolos, para obligarles a hacerlo.

Y no intentaban sacar cosecha ninguna de la tierra, digo arena, sino más bien meterla: meter bajo tierra (arena) los cuerpos de los que habíamos despachado el mojamé y yo. Los campesinos no parecían estar muy contentos.

No pude contemplar el espectáculo mucho tiempo. En cuanto intenté elevar la cabeza, una patada monstruo me la envió contra la arena de nuevo.

—¿Ya has despertado, cabrón? —me dijo alguien, amablemente.

Cuando el mundo se aclaró de nuevo, y pude sacudirme la arena de la cara lo suficiente, descubrí al amable interlocutor que el

destino me ofrecía. No me decía nada su cara, pero sí su atuendo: uno de los pilotos. Y como al otro lo había mandado al infierno yo mismo, deduje brillantemente que era el que acompañaba al muerto en la balsa.

Yo soy así: un cerebro privilegiado.

—Sí, buenos días. ¿Hay café? Cargado, el mío, por…

Otra patada. Hijo de perra, su cuenta conmigo estaba ya muy abultada. Cuando consiguiera pedir el saldo…

—Gracioso, ¿eh? Te crees muy gracioso. Además de estropear los planes, te permites matar a esos chicos, y aún haces chistes.

Iba a responderle, cuando a mi espalda sonó un chillido. Una voz aguda, como de hiena.

—Hijo bastardo de madre perdida, déjalo en paz. ¡Degenerado asesino de viajeros indefensos, Caín, esbirro de Satanás!

Me volví hacia el origen de todo aquel chorro verbal, con los ojos muy abiertos. Creo que todo el mundo, absolutamente todo el mundo, hizo lo mismo. Desde el último mercenario hasta los cangrejos de la playa. Los campesinos dejaron de cavar. Si llega a haber un tiburón cerca, seguro que se asoma a la superficie para mirar con sorpresa.

No, la sor no estaba presa. A las mujeres no las habían atado. Pero sobre todo, la lengua la tenía muy libre. Y lo que sí parecía era presa de santa indignación, que dicen.

Dio dos pasos hacia el piloto, levantando un puño que resultaba minúsculo, para hacer un gesto de amenaza.

—¡Hijo espúreo de Anás, precursor del Anticristo, la maldición de los Cielos te seguirá donde vayas! ¡Deja ya de atacar a los que no se pueden defender, cobarde, lombriz de caño sucio! ¡Por ratas como tú se encamina el mundo a su eterna perdición! ¡Deja al muchacho!

Juro por todos los dioses que nunca en mi azarosa vida me ha salido un aliado semejante. Y pocas veces me han llamado muchacho en los últimos años, ni me han tratado de indefenso. Y desde luego, una monja, pues…

El pobre desgraciado asesino se cabreó lo suficiente como para acercarse a la monja, y levantar la mano como para dar una bofetada. Pero la otra le pudo.

Se plantó brazos en jarras, mirándole con todo el ceño fruncido.

Y si antes tenía arrugas en la cara, ahora, cabreada, era una pura pasa. Pero irradiaba una fuerza incontenible.

—¡Ya podrás, cobarde! ¡Pégale a una religiosa, mancilla estos hábitos, si eres hombre! ¡Vamos!

Le ganó, claro.

El piloto, desconcertado, se volvió a los demás. Como vio que todo el mundo le miraba, dio dos pasos hacia los enterradores, más bien por alejarse de la monja que por otra cosa.

Luego, sacó una pistola de la cintura y disparó al aire. El estampido rompió la situación y cambió las cosas.

—¡Basta de estupideces! ¡Vosotros, a cavar, y deprisa! ¡No quiero pasarme la vida en esta playa de mierda!

Demonio con la religiosa.

Hice rápidamente recuento de las fuerzas en presencia. El piloto tenía entre los suyos a cinco hombres, incluidos los dos que yo había «atendido», el sin dientes y el que ya no sería padre nunca más. Luego estaba el otro piloto, el del helicóptero. Nosotros éramos cinco. Y aún había otro tipo, que debía ser el que condujera la lancha. Como ésta se había hundido parcialmente, estaba claro que éramos demasiados para el helicóptero. O sea, que de alguna forma nos tendrían que sacar de allí… si no se dedicaban a «aligerar peso» matándonos.

Procuré pensar rápidamente. Tenía que adelantarme a los planes de aquel montón de asesinos.

Miré al árabe. Sus ojos me dijeron algo parecido: «O actuamos pronto, o estaremos muertos antes de nada».

Pero ¿qué podíamos hacer? Sobre todo él y yo, atados como estábamos.

«Los planes», había dicho el piloto. Estaba claro que si algo habíamos hecho para alterarlos, era sobrevivir. Era muertos como les hacíamos falta. Probablemente para cobrar el seguro del avión. Todo encajaba.

Un trasto como aquél no hubiera conseguido engañar a ninguna compañía de seguros del mundo. Apenas hubiera producido beneficio para la compañía aérea. Yo sabía que es un truco habitual, lo de aprovechar la conflictividad de las zonas «calientes» cercanas al golfo Pérsico para deshacerse del material en mal estado. Basta con declarar un secuestro, o un atentado terrorista, hacer aparecer

algún muerto occidental, y organizar bien la llegada de las indemnizaciones. Un truco muy viejo. Algo que aprendieron, por ejemplo, los pobres chicos que en los años 60 viajaban a Katmandú. No llevarían dinero, pero eran un producto valioso en sí mismos: eran occidentalitos, ciudadanos de algún país rico y civilizado. Lo suficiente para conseguir buenas indemnizaciones, pólizas de seguro abultadas, trámites burocráticos con las respectivas Embajadas de los que sacar beneficios… Todo era asunto conocido ya.

Pero ahora nos tocaba a nosotros. Y desde luego, vivos no les servíamos de nada.

Como no fuera para rehenes.

Sólo que eso era cambiar de planes.

Y probablemente el piloto no era más que una pieza del esquema, nadie capacitado para tomar decisiones.

Tampoco, probablemente, ninguno de aquellos mercenarios, que no parecían tener mando alguno.

O sea, que alguna oportunidad quedaba aún.

Hice un gesto asegurador al árabe. Tranquilo, compañero, que llegará el momento.

El otro sonrió. «Tienes más moral que nadie, extranjero», parecía decir.

Y bueno, la verdad es que su razón tenía.

CAPÍTULO IV

Cuando estaban terminando de enterrar a los muertos, empezaron a subirnos al helicóptero a los que seguíamos siendo candidatos a algo parecido.

No las tenía yo muy conmigo, desde luego.

Estaba claro que nos separaban. Los dos campesinos se quedaban. En el primer viaje solo íbamos a Ir las mujeres, el árabe y yo, con cinco de los bandidos: el piloto del helicóptero, el otro piloto, del avión, y tres hombres armados. Entre ellos el de los dientes machacados, que no dejaba de mirarme con un odio difícil de pasar por alto, y algún culatazo me cargué aún: no me perdonaría el tratamiento. Menos mal que el de la patada a los genitales estaba aún demasiado maltrecho para viajar, y lo dejaron. Así habría mejor ambiente a bordo.

No me gustó lo de los campesinos. No había podido hablar con ellos ni una palabra, por esas cosas de las malditas lenguas. Pero me caían bien los dos tipos. Probablemente no correría peligro… pero tampoco estaba seguro.

Sólo que no pude preocuparme por ellos mucho tiempo. Me metieron en el helicóptero casi de cabeza.

Ya saben lo que eso significa: como el suelo del cacharro está a buena altura, si te empujan te ves con la barriga en la chapa del suelo. Luego, las piernas se quedan atrás, y hay que subirlas… Muy cómodo todo.

Cuando el árabe y yo estábamos a bordo, vi que uno de los campesinos se acercaba a la monja, y le daba un jersey que debía de ser de ella. Los separaron enseguida, pero algo en la mirada del buen hombre me alertó un segundo después. La monja también tenía algo que decirme ahora, pero disimulaba muy bien.

Cuando un Instante después se puso en marcha el helicóptero, me quedé mirando a los que se quedaban. Varios hombres armados, y los dos campesinos. La verdad, se me encogió el corazón, ojalá no los metieran bajo tierra también a ellos, que todo se podía esperar.

Pero había que preocuparse por nosotros mismos. Y desde luego no estábamos cómodos a bordo, ni tranquilos.

Fuera lo que fuese lo que la monja tenía que decirme, no podía hacerlo. Nos habían tumbado, al árabe y a mí, contra la puerta del costado de babor (la Izquierda, vamos) y ahí estaba yo, rogando a los dioses que aquello no se abriera. En medio, la espalda hacia la cabina de pilotaje, estaban los esbirros armados. Y al otro lado, contra la otra puerta, sentadas en el suelo también, Iban las mujeres.

No había forma de Intentar nada. Y la contundencia de los fusiles nos Impedía hablar. A pesar de que la monja se moría de ganas por pasarme el recado, no había más que verla, y esperé que los bandidos no se dieran cuenta, tanto gesto de cejas como hacía.

Nada que hacer.

NI siquiera sabía hacia dónde íbamos. Tenía una vaga idea de que habíamos despegado hacia el norte. El norte de Pakistán. Una zona poco tranquilizadora.

Y ahora volábamos entre montañas. Para aumentar la seguridad, claro. El helicóptero era una antigualla, y llevábamos diez personas a bordo, más el armamento. Si no recordaba yo mal, los primeros modelos «Bell» sólo podían transportar ocho o diez personas. Estábamos, pues, a tope. Y sobre montañas. Pues qué bien.

Maldita sea, me estaba poniendo nervioso. No me pone demasiado contento que me tengan atado como un fardo. Tenía que hacer algo. Y pronto.

Me pregunté dónde iríamos. Aquellos montes pakistaníes tenían un nombre bastante ridículo, ¿cómo era? Ah, sí, Beluchistan. Cumbres de tres o cuatro mil metros, si mis recuerdos geográficos no fallaban. Ideal para tener otro accidente, si el trasto acusaba el exceso de peso. Y ya había bastante con uno.

En ese momento, el bandido que nos vigilaba más estrechamente empezó a dar muestras de fastidio. Total, nos habíamos portado como buenos niños…

Se volvió a su compañero. Charlaron.

Encendieron cigarros.

Y luego, el paisaje atrajo su atención. Debía ser todo un espectáculo, el vuelo entre las montañas. Un instante después, charlaban entre ellos y con los pilotos, señalando aquí y allá. Al fin y al cabo, eran hombres de campo, y jóvenes. No debían volar muy a menudo sobre montañas.

Pero, maldita sea, no se distraían nunca todos a la vez. Siempre había alguno pendiente de nosotros.

Vi a la monja que preparaba algo para darme. La distancia no era excesiva. Al fin y al cabo, estábamos casi amontonados…

La muy bruja empezó a hacer gestos bastante naturales de estar cansada y ponerse más cómoda, cambiando de posición. Muy lentamente.

Uno de los bandidos la vigiló un momento, pero no desconfió.

Otro gesto, y la distancia había disminuido.

El árabe estaba cerca. Sería él quien recibiera el bulto, fuera lo que fuese. Porque ahora estaba claro que la monja quería pasar algo.

Las caras de ambos, a pesar del disimulo obligado, me indicaron que estaba hecho. Pero yo sólo podía esperar, maldita sea.

Ahora era el árabe quien se movía cuidadosamente. Y lo hacía bien.

Por entre las cuerdas apareció la punta de un cuchillo, movido con gran precaución.

Vi cómo se aflojaban las ligaduras y capté la expresión de satisfacción del mojamé. Hecho.

A continuación, el cuchillo pasó a mis manos. Y de mis manos, a actuar sobre mis cuerdas. Por el tacto, reconocí uno de esos cuasi-puñales que los turistas se llevan como abrecartas cuando van de compras por esas medinas del mundo árabe. Pero cortaba.

Cuando mis ligaduras se aflojaron, estuve a punto de traicionarme con un suspiro de alivio. Pero logré contenerme.

Siempre con disimulo suficiente, desentumecí los brazos para la acción. Aunque no estaba muy seguro de cómo responderían las piernas, después de un viaje tan incómodo.

Miré al árabe. Nos entendimos con la mirada. Los dos calculamos distancias.

El problema sería que no se escapara ningún balazo

incontrolado. Estaban las mujeres, que cubrían la superficie suficiente como para recibir fácilmente algún disparo.

Nuestros pies llegaban casi hasta los de los bandidos. Un gesto del árabe me indicó que había comprendido lo que había que hacer.

Un instante de concentración, y…

—¡Ahora! —grité.

Hice una especie de pinza con los pies. El izquierdo actuó sobre el tobillo de uno de los bandidos, mientras el derecho golpeaba de talón contra su pantorrilla. El individuo perdió el equilibrio y se derrumbó hacia nosotros. Soltó el fusil, que se vino encima de mí. Eso me proporcionó una buena maza, aunque un poco larga para un espacio tan reducido.

Así que, mientras tanto y por ganar tiempo, subrayé lo hecho con una nueva patada, que esta vez estampó al bandido con la cara contra el cristal. Lo puso perdido de sangre cuando se le aplastó la nariz contra él.

Inmediatamente, largué la culata del «Enfield» contra la cara de otro de los bandidos, que se había vuelto a miramos con sorpresa. La boca semiabierta se le abrió del todo, pero debió de notar enseguida un molesto sabor a madera, cuando se la encontró llena de culata. Indigesto menú para el pobre muchacho.

El árabe tampoco había perdido el tiempo, por su parte. Pero resultó estar mejor situado para actuar sobre los órganos reproductores del tercero de los tipos armados. El salto que dio el pobre individuo le llevó a dar con la cabeza contra el techo. No muy violentamente, pero lo bastante.

Cuando cayó el bandido, lo hizo en la peor dirección posible: sobre las mujeres. Quizá en otro momento lo habría valorado más, pero ahora se encontró con un nido de víboras.

Hasta la religiosa golpeó al pobre tipo. A la compañera del árabe, tan angelical e inmaculada, se le transfiguró la expresión repartiendo leña. Por no nombrar a la jovencita viajera, que atizó con toda la fuerza de su viudedad reciente.

En pocas palabras: el helicóptero se llenó de golpes. Éramos cinco a repartir porrazos en tan poco espacio.

Lo que no sé es cómo conseguí, en medio de aquel revuelto de brazos y piernas en movimiento, hacer dos cosas: ponerme en pie y girar el «Enfield» para poner su boca de fuego contra el piloto del

avión. Justo a tiempo, porque, libre de los mandos del helicóptero que manejaba su compañero, había sacado casi totalmente una pistola. Pero el contacto del cañón sobre su mejilla le disuadió de seguir haciéndolo.

—Al parabrisas las manos ¡rápido! —le grité, en tono inequívoco.

El tío obedeció. Las tomas se le cambiaban, y lo sabía. Le quité la pistola y me la guardé en la cintura.

—Y tú, piloto. Búscate un lugar donde aterrizar, si no queréis salir volando todos, en vertical. Rápido y sin trucos. He pilotado helicópteros y sé reconocer una falsa maniobra antes incluso de que se te pase por la cabeza ¿entendido?

El árabe subrayó, en su lengua, mis palabras, por si el piloto no lo había entendido suficiente. Mi compañero había aprovechado el tiempo allí atrás, y del revuelto de cuerpos emergían ahora las mujeres, poniéndose en pie, dejando a los tres bandidos por el suelo del compartimento de carga.

—Tú, esbirro —dije al ex-piloto de nuestro avión, al culpable de nuestra presencia allí—. Dile a tu compañero que nos diga claramente dónde diablos estamos. Con precisión ¿eh?

Hablaron entre sí en el dialecto árabe que habían usado para comunicarse. Luego, el tío contestó:

—Estamos volando al norte de Quetta, entre la cordillera de Sulaimán y la de Toba Kakar. Avistaremos el río Zhob dentro de un momento.

—Sí, eso es lo que ha dicho —convino el árabe, atento. Y añadió —: Dile que baje junto al río.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunté.

—Tú díselo. Bueno, espera, se lo diré yo.

Y lo hizo, en árabe dialectal de aquel suyo.

Bueno, era lo que me faltaba. En aquel grupo yo no tenía que tomar decisiones, todos lo hacían por mí. La única que permanecía callada era la muchacha árabe, la blanca, y de ella me esperaba también de un momento a otro cualquier cosa.

El piloto volvió a hablar. El árabe tradujo rápidamente.

—Dice que las maniobras de aterrizaje consumen mucho combustible. No quedará suficiente si lo hacemos. Eso dice, pero me parece un truco.

—Desde luego que lo es. Dile que no tiene que hacerlo en vertical. Que planee estilo avión, sin abanderar hélices hasta el instante final. Traduce, anda —le dije al árabe.

A saber cómo se diría en aquella lengua todo eso, pero lo hizo. Y poco después, el otro hacia descender el cacharro.

Allí atrás, uno de los bandos golpeados empezaba a moverle Pero ahora le tocó el tumo a la aprendiz de *hippy*, puestos a dar sorpresas. Antes de que me dieran tiempo a volverme, había sacado un revólver y encañonaba al esbirro, que debió tener un despertar poco agradable.

—Anda, oye ¿de dónde has sacado tú eso? —dije.

Pero fue la religiosa quien me contestó.

—Me lo dio aquel otro pasajero con aspecto de labrador —dijo —. Al parecer se lo quitó a uno de los cadáveres al ir a enterrarlo. Sus compañeros olvidaron despojarle de él. Me dio encargo de que se lo pasase a usted.

El bueno del campesino. Con razón me dolió separarme de ellos.

—Pero entonces —dije— ¿de dónde salió el cuchillo?

La muchacha árabe sonrió. Abrió la boca por primera vez, o casi, sorprendiéndome con un inglés absolutamente perfecto:

—Fui yo —dijo, con una sonrisa encantadora—. Siempre lo llevo encima.

¿Qué había dicho yo? Era la única que faltaba. Vaya grupito.

El árabe me echó una mirada de «para que veas la compañera que tengo». Pero hubo que concentrarse en las dos perlas que teníamos sentados en la cabina.

—Eso me recuerda… Estábamos a punto de aterrizar ya ¿verdad? Más te vale hacerlo muy rápidamente, piloto. Díselo tú, discípulo del Profeta.

El otro obedeció, soltando un par de frases.

—Por cierto ¿cuál es tu nombre? —dije.

—Llámame Abdelatif —dijo—. ¿Y el tuyo?

Siempre llega este momento, y siempre me da recelo. Suelen soltarme unas paridas…

—Mi nombre es James. Me llaman Indiana James.

Atrás sonó un grito femenino ahogado.

—¡Oh, no es posible!

Creo que era la monja. Como metiera la pata ahora, me Iba a

oír, a pesar de haberse portado como una heroína.

—¿El escritor? ¿El autor de narraciones de aventuras? —dijo la religiosa—. ¡No puede ser!

Me volví hacia ella, por segunda vez, con los ojos sallándoseme de las órbitas. ¿Qué podía hacer? ¿Besarla? Nadie me responde así nunca. La fama se la lleva el lechuguino ese de las películas, con su sombrero y sus cosas.

—¡Un hermano mío tiene como un tesoro toda la colección de sus libros! ¿No es usted el que estuvo en la presa de Assuán[1], y en los Andes del Perú luchando con los nazis[2], y corrió las 24 Horas de Le Mans[3]? ¿Es posible?

MI natural modestia me Impidió contestarle. Eso, y el leve movimiento que hizo el tipo al que yo encañonaba, el ex-piloto. Así que volví a la realidad.

—Tú, quieto dónde estás, las manos en el cristal. La fama no me va a Impedir perforarte de un balazo si Intentas algo.

Habíamos descendido lo suficiente. Allí estaba el río, y junto a él una zona con abundante hierba. Íbamos a velocidad bastante reducida ya.

—Abdelatif, dile a ese que aterrice. En suelo sólido, y sin trucos.

Un momento después, estábamos posados.

—Y ahora, tripulación: ¡cargamento fuera!

Las mujeres obedecieron, abriendo la puerta corredera y empujando fuera a los tres bandidos. De ellos, dos estaban absolutamente conscientes, y el tercero mascullaba algo, recobrando el conocimiento.

—Vosotros, cargad con ése y largo de aquí. ¡Rápido! —dije.

Abdelatif les gritó algo, y los tíos no se lo hicieron repetir. Bastante regalo les hacíamos dejándolos con vida. Se perdieron de vista en cosa de segundos.

—Y ahora vosotros dos —dije a los pilotos—. Vamos, abajo, y sin bromas.

Abdelatif se encargó del que pilotaba el helicóptero. Yo tenía una cuenta pendiente con el otro.

—Bueno, vale. Empieza a largar. Explícame qué es todo esto. ¿Qué esperabas ganar con hacemos pedazos en ese avión? ¿Quién se beneficiaba con eso?

Lo tenía delante, encañonándolo con el «Enfield». Pero el

hombre parecía bastante coriáceo.

—No diré una palabra —dijo.

Hay cosas que no me gustan hacer, pero a veces no hay más remedio.

Tenía cierto amargo recuerdo del tratamiento que aquel mismo tipo me había dispensado unas horas y bastantes kilómetros antes. Hice memoria de ello, y de los pasajeros inocentes que habían muerto en el avión. Lo junté todo en un solo paquete, y ese paquete me movió el brazo cuando le di el culatazo al asesino aquél. En plena boca del estómago.

Luego, lo enderecé con un directo a la mandíbula. Tiré el fusil a un lado, hacia donde estaban las mujeres, para que lo recogieran, y seguí. Le machaqué la nariz. Busqué la sien con otro golpe. Cuando cayó al suelo, sangrando por toda la cara, lo agarré de la ropa y, levantándolo, lo envié hacia atrás de otro directo. Cayó como un fardo inútil.

Iba a ir tras él, cuando una mano muy pequeña y muy fría me sujetó el brazo.

—Déjelo. Es un ser humano, al fin y al cabo —dijo la religiosa.

—¿Humano? —respondía—. ¿Un ser humano es capaz de condenar a muerte, fríamente, a un puñado de otros humanos para cobrar un seguro? ¡Son peores que hienas, esos traficantes de vidas!

Puso cara de buena chica, y me guiñó un ojo, pícaramente.

—Déjeme a mí —dijo.

La seguí hacia donde estaba el ensangrentado asesino.

—Mira, hijo —empezó a decirle, con ternura maternal—. Este hombre es un salvaje, un verdadero animal. Creo que deberías decirle la verdad, siquiera fuera por salvar tu vida. Si no, es muy capaz de matarte, y no podré hacer nada para impedirlo.

El piloto me miraba ahora, midiendo el tamaño de mi odio. Debió de convencerse de que era demasiado grande:

—Fue la Compañía. Me pagaron por hacerlo. No tengo nada que ver —dijo el tío.

—Ya —contesté—. Inocente por completo. Tú solo tenías que ser el verdugo ¿no? ¿Qué Compañía? ¿Dónde iban a pagarte?

El tipo dudaba. Pero no era un valiente, desde luego. Y quizá tampoco tenía por qué serlo.

—Respóndele, hijo. No podré contenerlo otra vez —dijo la

monja, suavemente. Se había arrodillado al lado del hombre, y le sostenía la cabeza. Aquella mujer debía haber leído mucha novela policíaca, con interrogatorios.

—Tienen la oficina en Lahore, en la frontera con India. Pero la persona que tengo que ver está en Peshawar, al norte. Iba a llevarles allí, para que él decidiera qué hacer. Yo había cumplido mi parte…

—¿Cómo se llama esa persona? ¿Dónde has quedado en verlo? ¡Habla, o te rompo todos los huesos, quiera la monja o no!

En realidad, buena parte del odio se me había evaporado. Ahora el tío me parecía el clásico don nadie a sueldo. Mi ira se estaba dirigiendo por momentos hacia el responsable de todo. Y ojalá pudiéramos llegar hasta él.

—Zaid Al-Naqdali —dijo el caído—. En el Dean's Hotel. Pero no aceptará hablar con vosotros. Se cubre las espaldas. Sólo con los cercanos. Desconfía de todo, sabe que muchos le odian.

Di otro paso hacia él.

—Tu nombre. Rápido.

—Me llaman Boeing. Nadie me conoce por otro nombre.

Sólo me faltaba oír eso. Casi empecé a sentir simpatía por un hombre al que conocían por su herramienta de trabajo. Detrás de cada nombre hay una historia, y cuando conoces la historia de alguien se hace más difícil odiarlo. Aunque sea un asesino.

Hice una seña a la monja, que dejó al piloto, y vino hacia mí.

No anduvo mucho.

El disparo siguiente nos sobresaltó a todos. Nadie lo esperaba.

La chica *hippy* sostenía la humeante pistola del campesino, con expresión de odio reconcentrado.

Y el piloto, que había empezado a levantarse, ya no lo haría jamás. Ni ningún otro movimiento.

Nadie reaccionó. Creí que la monja se echaría a llorar de un momento a otro.

Hasta que pasados unos instantes, el otro piloto, el del helicóptero, consiguió reaccionar. Salió corriendo como una libre, escapando de Abdelatif, que le custodiaba.

Vi lo que iba a pasar. La chica había vuelto a alzar la pistola.

—¡No! —grité.

Y salté hacia ella.

Había disparado ya cuando llegué a alcanzarla. Le quité el arma de las manos…

… Y su reacción fue apoyarse en mi hombro y echarse a llorar como una chiquilla. No dijo nada. Tampoco hacía falta.

A lo lejos, el piloto se perdía de vista corriendo a todo lo que sus piernas le permitían.

Y nadie hizo nada para impedírselo. Bastante había habido ya.

—Vámonos de aquí —dije—. Estoy deseando cambiar de aires. Hay algo en este paisaje que me pone la carne de gallina.

Me senté a los mandos del cacharro, y me sentí rejuvenecido. Los Bell «Huey Chopper» me recordarán siempre Vietnam, y un montón de cosas con ello. La mayoría nada agradables.

Pero cuando calenté motor, el flap-flap-flap de los rotores me sonó reconfortante.

—Habría que enterrar a ese hombre —dijo la religiosa.

—Ya lo harán sus compañeros —respondí—. Van a pasarse por aquí bastantes, horas. Si no lo hacen, no será asunto nuestro.

Di gases, y el trasto se elevó.

Hacia dónde ir, era el siguiente problema. Pero para mí, no había duda. Hacia Peshawar.

CAPÍTULO V

—A todo esto, aún no sé su nombre, reverenda.

Lo dije un poco por animar el cotarro, que en el Interior del helicóptero todo el mundo parecía llevar la cara larga.

La monja no tenía ganas de salir del mutismo.

—Mi nombre no Importa —dijo.

—Claro que importa. Estoy harto de llamarla «reverenda», «usted» o «monja». ¿Qué le pasa? ¿Ha perdido la lengua? Creo recordar que la tenía bien afilada, no hace mucho. Soltó una risita, allí atrás. Eso ya estaba mejor.

—Me llamo, en religión, Sor Fuencisla. Era, en el siglo, María de la Fuencisla Suárez del Toro y Cepeda.

Hubo una pausa. Todo el mundo estaba digiriendo el nombrecito. El árabe, a mi lado, abría unos ojos como platos. Con razón no quería decirlo, la pobre. Le pasaba como a mí, cada vez que digo cómo me llamo, hay guasa.

—¿Qué están pensando, que es mucho nombre para tan poca mujer? Pues díganlo, me lo han dicho ya tantas vec…

Y se echó a reír, y eso nos dio permiso a codos para hacer lo mismo, y se rompió el hielo, y todo empezó a rodar algo mejor.

—Española ¿verdad? Sólo en España puede uno llamarse así.

—De Ávila. Iba hacia allá cuando esto empezó. Pero los caminos del Señor son inescrutables —dijo. Y estuve a punto de responder «Amén». Sonaba a eso.

—¿Y tú, buscadora de Katmandús perdidos? —dije a la chica, que era la que seguía más callada.

Desde mi puesto a los mandos del Huey, miré de reojo. La aprendiz de *hippy* levantaba la cabeza, como despertando. A saber por dónde andaba.

—Joke. Soy holandesa.

Había pronunciado «Youk». Pero estaba claro que aún no tenía ganas de hablar.

—Mi compañera se llama Alxa —dijo el árabe.

Y eso significaba «y me pertenece a mí, no te metas». Bueno, pues Iba a meterme, qué diablos. Estos musulmanes y sus posesividades.

—Ya. Y no tiene lengua ¿verdad?

—Sí, sí la tengo, extranjero, ya me oíste hace un rato. Y te agradecemos, Abdelatif y yo, lo que estás haciendo.

Era evidente que eso quería decir, también ahora, algo. Estaba escrito en la cara del árabe, mirándome desde el asiento de al lado. Decía «pero nuestras costumbres son nuestras costumbres, y somos como somos». Bueno, pues ya me callaba.

Caramba con el grupito.

Entonces, visto que nadie estaba dispuesto a mantener una conversación, hice como cualquier padre de familia de viaje en coche: poner la radio.

Entre ruidos atmosféricos y parrafadas en árabe, alguna música hindú y pocos trozos en un horroroso inglés, no se oía nada que mereciera la pena. Busqué en la onda corta de comunicaciones aéreas, por si algo nos daba una pista de dónde andábamos. Y entonces, a mi lado, Abdelatif pegó un salto.

—¡Déjalo ahí! ¡Escucha!

Lo dejé, pero no entendía nada. Alguien hablaba en la lengua de por allí, pakistaní o lo que fuera. Incomprensible. Pero el árabe sí parecía entenderlo.

—¡Creo que hablan de nosotros! —dijo.

Más parrafadas de aquéllas. Él iba de sorpresa en sorpresa, más tenso por momentos. Luego, se dirigió a mí.

—¿Qué modelo de helicóptero es éste? ¿Un Bell «Huey Chopper»?

—Sí, así lo llaman. Cualquiera puede conocerlo por ese nombre desde lo del Vietnam. ¿Por qué?

—Pintado de camuflaje y sin matrícula ¿no es eso?

Asentí.

—Pues ya puedes extremar precauciones, extranjero. Nos están buscando.

—¿Quién nos está buscando? ¿Alguien nos ha perdido?

Me puso una cara así de larga, en plan «no es momento para bromas, frívolo occidental».

—Todo el mundo. Policía, ejército… Éste será un país subdesarrollado, pero no es un desierto ¿sabes? Tienen radares y esas cosas. Y por aquí, además, que es zona de conflicto militar, un helicóptero que anda suelto no pasa desapercibido.

Tenía razón. Me había hecho a la idea de estar de excursión con los amigos.

Soltó otra de sus exclamaciones en árabe. A saber lo que diría. Le envidié un poco esa capacidad, sonaba más contundente que cualquier expresión occidental.

—Están dando nuestra posición. Nos tienen en el radar —dijo.

—Maldita sea —pensé en voz alta—. Esto es cosa de esa maldita compañía aérea. Seguro que se han olido que algo pasa. O bien han localizado a los que se quedaron con los restos del avión. Eso nos lo pone todo más difícil.

Abdelatif cogió un mapa, y se puso a estudiarlo con atención. Hizo cálculos al margen, con un lápiz. Luego alzó la cabeza, en tensión.

—¿Cuánto combustible queda? —dijo. Pero antes de que pudiera abrir la boca yo, él había hecho ya la lectura del indicador correspondiente, en el tablero.

Otra maldición por bajo.

—Aquel maldito *kfir* tenía razón. Apenas queda lo bastante para llegar a Peshawar. Ni siquiera llevando menos peso que antes. No llegaremos.

Volvió a hacer cálculos. Luego dijo:

—Hay otra posibilidad. Llévalo hacia las montañas. Nor-noroeste. Rápido.

—Oye —empecé—. Por ahí vamos a meternos en…

Asintió, imperturbable.

—Sí, en Afganistán, eso es.

—Y en Afganistán están los rusos.

—Por eso.

—Pues no lo entiendo —dije.

Puso la típica cara de «estos turistas son tontos de remate», y se puso a explicarme pacientemente.

—Precisamente. Los rusos. Un adversario de cuidado, con el que un país como Pakistán procura no tener incidentes fronterizos, ¿entiendes? Bastante tienen con los problemas de territorio con India, al este. No están para abrir un segundo frente, porque Delhi, que tiene buenas relaciones con la URSS, se aprovecharía, ¿entiendes?

Vaya, estaba tan claro que hasta yo lo entendía. Eso de la política internacional y los equilibrios de bloques no es lo mío, precisamente.

—Ya. No nos seguirán hasta la frontera —dije—. Y si volamos lo bastante cerca… —*Alian akbarr*— dijo el otro, y siempre me impresiona cómo pronuncian esa «rr» final. —¡Lo ha entendido!

Y alzaba los brazos al cielo, el muy teatrero.

—Bien, pero ¿qué harán los rusos? —dijo una suave vocecita, ingenuamente, allí atrás. La monja, claro.

El otro puso cara de fastidio, como si dijera «esto es un complot occidental contra mí». Y luego soltó, como si fuera la cosa más evidente del mundo:

—Pues tiramos un missil, si nos acércanos demasiado, claro. Pero eso es cosa del piloto, no mía. No entraremos en Afganistán, además.

Muy astuto, el muchacho. Encima sonreía al decirlo.

—*Okay*— dije. —El piloto pilotará, descuida. Pero el único navegante que hay a bordo eres tú, seguidor del Profeta. Así que coge el mapa y no te desvíes ni un metro cuando me digas por dónde ir, ¿de acuerdo? Porque si no, el missilazo será también para ti. Y si salimos vivos, te juro que…

No terminé. La blanquísima intervino, avisando a su hombre en su lengua, y señalándole hacia atrás.

—¡Ahí están! ¡A ver cómo nos sacas de ésta, extranjero! —dijo él.

Giré a babor, inclinando el trasto violentamente. Por la ventanilla pude ver una especie de monstruosidad pintada de verde y tierra claro.

—Oye ¿no habías dicho algo de los rusos? ¡Eso de ahí atrás es un Mil Mi 8! —grité.

El árabe de los demonios se encogió de hombros.

—¿Y qué? —dijo.

—Cómo que «¿y qué?». ¡Pues que es un helicóptero ruso, maldita sea! ¡Y bastante moderno!

Puso cara de profesor de escuela que se las tiene que ver con un niño completamente tonto.

—Pues claro, pero de este país. ¿No te he dicho que Pakistán procura mantener buenas relaciones con la URSS?

Yo estaba empeñado en enfilar un valle montañoso. El terreno empezaba a ponerse bastante movido. Habíamos dejado los llanos del río, y allí delante había montañas bastante altas, llenas de nieve.

—Vale, sí, ¿y qué me dices con eso?

—Pues que la mejor manera de tener contenta a la URSS es ser cliente suyo. Le compran material de guerra, y a cambio los rusos no desestabilizan la dictadura militar de Pakistán. ¡Está muy claro!

Lo que no estaba tan claro era cómo escapar de aquel trasto. Lo observé por los retrovisores. Por fortuna, no iba armado de missiles. Pero no podía decir si los dos bultos en forma de salchicha en los costados eran depósitos de combustible o alguna otra cosa más peligrosa.

—Muy interesante. Pero mira a ver si eso que lleva colgando son depósitos auxiliares o «pods» con ametralladoras. Porque ese trasto es más moderno que éste y, si no recuerdo mal, tiene mayor velocidad punta. Si quieren, nos pueden freír.

Todo el mundo se volvió a mirar por las ventanillas. Yo procuré zigzaguear todo lo posible, siguiendo el valle. Pero el terreno se hacía más difícil por momentos, y ganaba altura.

Fue la blanquísima la que dijo algo a su hombre, en su lengua.

—Dice Aixa que no te preocupes, son tanques de combustible.

—Y ella ¿cómo lo sabe? —dije, nervioso.

—Porque no soy tonta, extranjero. Si fueran missiles, o barquetas de armamento, lo sabría distinguir. Es un aparato de transporte, puedes estar tranquilo.

Bueno, para una vez que recuperaba la lengua, la tía la usaba. Me dediqué a pelearme con los mandos, huyendo valle adentro y montaña arriba. Pero la verdad, más tranquilo. Podían seguirnos, pero no nos dispararían, como no fuera con armas de mano.

—Sigue pegado al terreno, Indiana. Lo estabas haciendo bien antes.

Era el árabe. Y llamarme por mi nombre era todo un detalle.

Debía pensar que para rapapolvo, ya había recibido el de su chica.

—¿Por qué? Si no van armados, así consumimos más combustible.

—Tú hazlo. Vuela bajo, a ras de suelo.

No entendía mucho, y no estoy hecho a que me den órdenes. Pero por si acaso, lo hice.

Y un momento después, de entre las rocas de los costados del valle, empezaron a salir disparos. Vi claramente las nubecillas.

—¡Eh, que tiran! ¡Hay que largarse de aquí!

Pero me respondió una risa estruendosa del árabe de los demonios.

—Tranquilo, que no es a nosotros. Es al otro. Verás como ahora nos deja en paz.

En efecto, el Mil giró, ganando altura, y se largó. Hubo entusiasmo general entre las mujeres de atrás, cuando lo vieron.

Yo no entendía nada. Pero me callé. Estaba harto de ser el torpe del grupo.

—Es muy fácil, verás —dijo Abdelatif—. Esta zona, entre Quetta y Peshawar, está llena de refugiados afganos que huyen de los rusos porque eso les quita problemas dentro de Afganistán, y Pakistán porque le hacen de guardas fronterizos, sin tener que costear tropas propias, ¿entiendes?

—No mucho. Si son refugiados, ¿por qué disparan contra ese helicóptero y no contra el nuestro?

—Porque el otro es ruso. Del mismo modelo, o parecido, que los que han usado los rusos para la invasión. Y también parecido a los del ejército gubernamental afgano, que está de parte de los rusos. No se paran a hacer distinciones, ¿sabes? Aunque los colores sean distintos, si ellos ven un Mil le disparan, sin preguntar más. No están para detalles.

—Vale. ¿Y éste?

—Es del mismo modelo de los que usan los pakistaníes para traer alimentos y retirar enfermos de los refugiados, cuando el invierno aprieta. Como son más pequeños, pueden posarse mejor en estas montañas. Además, es de fabricación americana, y nunca lo ha usado nadie para perseguir afganos.

—Pero sí para perseguir vietnamitas —dijo una voz allí atrás.

Me volví. Era la holandesa, Joke. Me figuro que tomó parte, en

los años 60, en manifestaciones contra la guerra del Vietnam.

—Tienes toda la razón —dije. Pero más valdría no entrar en ese tema, que iba a ser largo.

Además, no sería yo quien defendiera el Infierno aquel de Vietnam. Hasta la revista «Life» reconoció que no era nuestra guerra.

—Bueno, ahora que pasó el peligro. —Intervino la monja, para quitar hierro—, ¿quiere decirme alguien a dónde vamos?

—Ustedes, no sé —respondí—. Yo, a Peshawar. Tengo alguien a quien ajustar las cuentas.

—SI llegamos —dijo Abdelatif—. No habrá combustible.

—Exacto. Cuando se acabe, aterrizamos, y ya encontraremos cómo seguir por tierra. El que quiera, puede seguir viaje entonces, por su cuenta.

—Yo y mi mujer también vamos a Peshawar —dijo el árabe.

Lo de nombrar antes a la otra persona es un gesto occidental. Con los árabes no funciona. Y la verdad, la manera de tratar a las mujeres es lo que más nos separa de ellos. Pero las Interesadas parece que lo aceptan, y son ellas las que tienen que opinar.

—Yo tengo más parte que nadie en ese asunto —añadió Joke.

La monja se había quedado sola.

—No quiero ser una molestia —dijo—. Iré con todos. Quizá pueda evitar que cometan una injusticia.

Mal plan. Eso significaba que podía ser un estorbo, llegado el momento.

—Gira a la derecha, Indiana. Hacia el este. La cabeza del valle es divisoria con Afganistán. Habrá guardias fronterizos.

—No esperaba menos de ti, navegante —respondí.

Pero estaba justamente girando, cuando en la panza del trasto resonó lo que parecía un tamborileo.

—¡Agarraos todos! —grité—. ¡Están disparando!

No podía hacer gran cosa, sólo acelerar y tratar de ganar altura. El valle nos encajonaba, Impidiéndonos la maniobra.

—¡Te mato, Abdelatif! ¡Ya verás cuando salgamos de ésta! —grité, mientras en el suelo del helicóptero resonaban los disparos.

—¡No es culpa mía, este valle es pakistaní aún! ¡Deben ser guardias de frontera!

—¡Sea como sea, te mato! ¡Tú nos has traído aquí! ¡SI me

agujerean la piel, los parches me los haré con tu pellejo! ¡Y los de ahí atrás, las mujeres! ¡Pegaros a la trasera, la plancha es más gruesa por la parte del motor!

Bailé, zigzagueé, moví el trasto volador de un extremo a otro del valle, ganando altura, como una pelota rebotando de pared a pared de un pasillo. Aún disparaban, pero por fortuna sólo con armas manuales, aunque alguna automática. Sólo nos llevamos un par de Impactos más.

Pasó una eternidad. Remontábamos. El borde superior del valle parecía no llegar nunca, y los doscientos kilómetros/hora del Huey me resultaban, como en los viejos tiempos cuando se armaba el follón, una velocidad de carreta.

Más zigzag. Más saltos de costado. Más crujidos de palas, como si fueran a romperse. Esperaba que nadie me vomitara encima, pero entraba en lo posible.

Allá arriba y delante, recortándose contra el cielo, justo en el borde del valle, aparecía un puesto fronterizo. Con la bandera pakistaní, verde con una media luna y una estrella blancas. Pero alrededor merodeaban soldados, y éstos de uniforme. No vulgares mercenarios. Y juraría que con Kalashnikovs.

—¡Ojo ahora! —grité otra vez—. ¡Pueden disparamos por delante! ¡Sobre todo tú, Abdelatif!

Nos íbamos encima del puesto, sin remedio. Y no había forma de hacer otra cosa.

—No irá a chocar con ellos ¿verdad? —dijo la monja.

—¡Al diablo con los buenos sentimientos, reverenda! ¡Se trata de ellos o nosotros, y no tengo más arma útil que este trasto!

Estábamos saliendo del valle, por fin, pero el helicóptero acusaba la altura. Dos mil y pico metros, nada comparado a las cumbres de cerca de los cuatro mil que había por las cercanías. Nieve por todo alrededor. Y en medio, como extraños insectos creciendo por momentos, los guardias fronterizos.

—¡Tienen ametralladoras! ¡Indiana, tienen un bitubo! —soltó el árabe.

En efecto, era una de esas piezas antiaéreas soviéticas, de las que ni yo me sé el nombre, pero bien conocidas por las fotos. Las usan en El Líbano, en Siria, los cubanos… Esas que terminan en un par de cilindros anchos, como embudos.

Ya sabía el punto exacto por el que tendría que cruzar el borde del valle. Si quería impedirles apuntar, no podía hacer otra cosa que irme hacia ellos.

—¡Vamos, trasto! ¡Vamos! —susurré al Huey. Las máquinas, ya se sabe, también necesitan que se las anime cuesta arriba.

Allá atrás, sobre las cabezas de las mujeres, soplaba la turbina, esforzándose. Y más arriba, el flap-flap-flap de las palas era un tableteo continuo. Otros chirridos se unían al concierto, señalando que la mecánica estaba dando todo lo que podía.

Delante, entre la nieve, sobre una línea de sacos terreros, la ametralladora bitubo estaba empezando a girar hacia nosotros. Una figura iracunda, probablemente un oficial, gesticulaba al lado de la máquina, señalándonos. Debía estar poniendo verdes a los dos que manejaban la ametralladora.

Fue Abdelatif quien disparó antes. No sé de dónde sacó la «Sterling», la pistola ametralladora que usaron los mercenarios en la playa, cuando lo del avión. Creo que se la pasó su chica.

El caso es que se inclinó hacia afuera por la puerta abierta, sujetándose con la pierna en los hierros del asiento, y abrió fuego.

No les dio, y quizá fue intencionado, pero los soldados se cubrieron instintivamente un momento, agachándose.

Y fue suficiente. La ametralladora no giró hacia nosotros lo bastante rápido.

No nos enfiló, no llegó a disparar.

Y nos fuimos encima del puesto, al salir de la pendiente.

Creí que nos llevaríamos un par de sacos terreros por delante, con el tren de aterrizaje, o que engancharíamos los tubos de la ametralladora.

Pero pasamos.

En el medio cristal de los pies, por entre los pedales de mando, vi pasar la mancha gris del metal del arma. Y juraría que la cara espantada del oficial, también.

Pero pasamos.

La resonancia del valle dejó de devolvernos aumentado el ruido del motor, que ahora nos levantó por un cielo libre de obstáculos. Ya no volábamos entre montañas, sino sobre ellas.

Habíamos conseguido pasar. El peligro había quedado atrás.

O al menos eso creía yo.

Ilusiones que se hace uno.

CAPÍTULO VI

Seguíamos yendo hacia el norte, pero el paisaje había cambiado. Por la derecha, las montañas descendían hacia una llanura bastante lejana, que iba siendo cada vez más verde conforme se alejaba.

—Es el valle del Indo. Pakistán no sería nada sin ese río, es como el Nilo para Egipto —informó Abdelatif, en plan guía de turismo—. Pero aún estamos sobre el Toba Kakar, la cadena de montañas que forma frontera con Afganistán. Y esa gran cumbre que se ve a la izquierda, tan cubierta de nieve, tiene más de tres mil quinientos metros, es el…

Le interrumpió un grito. Era Joke.

—¡Han disparado algo! ¡He visto el fogonazo! ¡Allí, en la frontera!

Creo que nos salvó mi instinto de combate. Mi famoso sexto sentido. Corté motor y embragué hélices al instante, casi al mismo tiempo que la chica gritaba.

El ruido de la turbina se extinguió como un soplido. Empezamos a caer muy suavemente, como planeando, sólo sostenidos, al parecer, por el flap-flap-flap de las palas que seguían girando en silencio. Un silencio que pareció dejamos helados a todos.

—Agarraos bien —dije, casi en un susurro, absurdamente, como si el ruido pudiera estorbar—. Tiene que ser un missil.

Si yo hubiera sido la monja, hubiera rezado a todos los santos del cielo. Porque la turbina se enfriara pronto con el aire de las alturas, porque el proyectil fuera de un modelo antiguo y no dirigido por calor, porque fuera filoguiado y estuviéramos demasiado lejos, porque…

Lo que fuera, pasó por nuestro lado, muy cerca.

Con un silbido peor que el de cualquier bomba al caer. Más

siniestro que cualquier otro sonido.

Y se alejó.

Pero de pronto, giró y empezó a volver, el maldito trasto, como guiado por a saber qué diablo, o qué hechizo, o qué…

—¡Viene hacia acá! —gritó Joke—. ¡Viene hacia acá! ¡Era eso lo que habían disparado! —¡Agárrate y calla!— grité.

Lo primero era útil, lo segundo no tanto. Que se callara o no, el missil le iba a dar lo mismo. Así que actué, instintivamente. Tiré de la palanca de mando violentamente hacia la izquierda, inclinando toda la máquina de ese lado. Y cuando el giro estuvo completo, empujé hacia adelante. Caímos como una piedra, pero como una piedra que supiera planear… lejanamente.

Calculé. Estábamos altos. Aún no sabía si era un missil sensible al calor, pero no podía arriesgarme a encender motores. Habíamos tenido ya demasiada suerte para intentarlo una segunda vez.

Pasó.

—¡Ha fallado! ¡No nos ha dado! —gritó Joke.

—Si nos hubiera dado, no estarías hablando —respondí—. Así que sigue sujeta, que puede volver, y pronto.

—¡Está girando otra vez! —gritó Abdelatif, que se había asomado al cristal de la cabina, para verlo—. ¡Viene para acá!

—¡El jerrycan! —grité de nuevo—. ¡Por vuestras vidas, mujeres, pasad aquí adelante el jerrycan de ahí, en el suelo!

—¿Que es un jerrycan? —dijo la monja.

Metedura de pata para la experta viajera. Menos mal que Joke sí conocía la palabreja. Cogió uno de esos bidones de combustible que se usan desde la Guerra Mundial en todas partes del mundo, y se lo pasó a Abdelatif.

—¡Pégale fuego, rápido! ¡No hagas preguntas, pégale fuego y tíralo! —grité al árabe, que parecía no entenderme mucho.

—¡Rápido! —grité otra vez.

—¡No tengo fuego! —dijo el otro.

Iba ya a maldecir con todo mi vocabulario barriobajero las castas costumbres de los musulmanes ortodoxos que no fuman ni beben, cuando Joke, que tenía su día activo, alargó la mano por entre los hombros de los dos, con un encendedor.

Durante un par de interminables segundos, Abdelatif dudó. Luego, volvió a ser el eficaz hombre de mundo que había

demostrado que era.

Quitó el tapón del jerrycan.

Abrió la puerta de la cabina del Huey.

Asomó la gran lata de combustible, que yo sabía que apenas tenía contenido, y la sostuvo sobre el vacío.

Probó el encendedor, una y otra vez.

¡Una y otra vez, falló!

Por fin, brotó la llama.

El árabe echó el encendedor dentro del jerrycan…

¡… Y lo soltó, por fin! El bidón se incendió mientras caía, y fue una bola de fuego en el aire.

Justo a tiempo. Un silbido siniestro y bien conocido que se acercaba, cambió de sonido, alejándose.

Di un golpe de palanca en sentido contrario al anterior, hacia la izquierda, modificando la caída del helicóptero en esa dirección. La panza del aparato nos ocultó ahora lo que iba a suceder. Pero yo lo adivinaba.

Si la vieja táctica funcionaba…

Si el missil era de los térmicos, pero de modelo primitivo…

Si mi proverbial buena suerte seguía protegiéndonos…

Si las jaculatorias que, reanudando su costumbre de cuando el avión (y después de lo que había hecho, no podía maldecirla ahora), soltaba la monja, funcionaban…

Sí…

¡Funcionó!

Una explosión ensordecedora nos llegó de abajo, sentí que todo el helicóptero se estremecía, y por un instante pensé que en lugar de caer subiríamos. Me encontré a los mandos de una masa incontrolable de hierros sin dominio posible.

Encendí motores, di gases, actué sobre la palanca de control, aceleré la hélice trasera para controlar el giro que habíamos empezado a dar… ¡todo a la vez, o casi!

Y lo logré. Me hice con el control del viejo Bell «Huey Chopper». El suspiro de alivio de todos los ocupantes resonó a coro, bien conjuntado. El viejo truco había dado resultado.

—Bueno, tripulación, nos hemos librado por ahora. Bravo Joke, bravo Abdelatif, bravo todos.

Hubo protestas, risas nerviosas…

—Por cierto, rever… digo, son María Fuencisla, o como se llame: un jerrycan es esa lata, lo que hemos tirado ¿eh? Para otra vez…

—Otra vez, utilice el lenguaje adecuadamente, y nos entenderemos. Si hubiera dicho «lata» o «petaca» o «bidón», habría sabido lo que era.

Le solté el rollo didáctico. En la Segunda Guerra Mundial, los ingleses de Montgomery, cuando luchaban en África contra Rommel, envidiaban locamente esas latas especiales para combustible que llevan los alemanes. Las suyas eran latas normales, como las de aceite de coche en nuestros días, y se perdieron así miles de litros de preciada gasolina. Empezaron a codiciar los depósitos del enemigo, y a llamarlos «las latas alemanas». Y como a los alemanes los llamaban «Jerry», pues salió lo de «jerrycan».

—Vale, extranjero. Pero más nos hubiera valido que esa lata estuviera llena. Con tanto baile, no llegaremos a Peshawar, se acabará el combustible antes —dijo Abdelatif.

Lo cual era completamente cierto, por otra parte.

—Tú eres el que conoce el terreno —le respondí—. ¿Qué sugieres que hagamos?

Estaba pensativo ya, y como respuesta, pareció ahondar aún más en sus pensamientos. Cogió de nuevo el mapa, una carta militar bastante detallada. Hizo más cuentas al margen, con el lápiz. Luego, titubeó un poco, pensativo aún:

—Hum… Es posible… Hay una única posibilidad. Pero no sé si… Es bastante arriesgado…

—Suelta lo que sea. Hay que decidir pronto. Nos estamos yendo demasiado al norte. —Justamente. Mantén rumbo norte. Te diré lo que vamos a hacer…

Se volvió directamente hacía mí, y sonrió abiertamente.

—¿Qué tal se te da el comercio, Indiana James?

—Huh… Bueno, uno ha hecho de todo en la vida, y…

Si es para salvar el pellejo, espléndidamente bien. Lo primero es lo primero.

—Bien, pues vas a tener ocasión de practicarlo.

O comerciamos hábilmente, o no salimos de este país con vida. Así que no hay opción, je je…

Y se reía, el tío.

Capítulo VII

Caía la tarde, tiñendo de colores rojizos la nieve en la cordillera.

Habíamos seguido al norte, sobrevolando las últimas estribaciones del Toba Kakar, en la frontera noroeste de Pakistán. No habían aparecido más helicópteros, a pesar del incidente fronterizo. O bien los pakistaníes no nos daban importancia, o consideraban que no valía la pena gastar más munición, ni gasolina, ni los costosísimos missiles tierra-aire, en un helicóptero sospechoso, pero no inquietante. Y si la dichosa Compañía de aviones pirata tenía influencia, ésta no debía ser suficiente. Sólo avistamos varios campamentos de refugiados, pero nadie nos persiguió. Y la radio no nos mencionó en todo el trayecto.

—Hemos pasado ya uno de los afluentes del Indo, no recuerdo el nombre. Si he interpretado bien el mapa, dentro de unos minutos cortaremos otro. Ve hacia el este, hasta que avistemos una carretera. No enciendas las luces de posición. No creo que haya muchos vehículos circulando por ahí, pero alguno habrá, y nos guiará con sus luces hacia una ciudad cercana.

Parecía saber lo que se hacía, así que seguí sus instrucciones. En efecto, con las últimas luces del día, apareció la carretera.

No había embotellamientos como en Nueva York, precisamente. Apenas algún camión desvencijado, con luces miserables. Pero eran bastante.

—Bien, ahora sigue a esos camiones. Uno cualquiera. Procura mantenerte lejos, pero sin perderlo de vista.

Y volando bajo, que nadie pueda seguirnos en el radar.

—Vale, *bwana*. Esto no lo hago yo ni por un buen amigo, ¿sabes?

Abdelatif se sintió trascendente. Los musulmanes tienen tendencia a soltar frases, cuando se les toca la fibra sensible.

—No hay mejores amigos que los que sirven una causa común —dijo, solemnemente.

—Y tan común —respondí yo—. La de salvar nuestros pellejos, ¿te parece poco?

Me echó una mirada majestuosa. No tendrán sentido del humor, pero me impresionan estos tíos cuando te miran así. Llevan muchos siglos siendo guerreros indomables, y nadie se lo discute. Ni sus mujeres, con eso está dicho todo. A lo mejor es por eso (pero que no me oigan las de Occidente).

Digo que me echó una mirada majestuosa. Y me sentí ridículo.

—Estás haciendo mucho más que salvar tu pellejo, Indiana James. Más de lo que te imaginas. Y quizá haya quien pueda recompensarte por ello.

La carretera había salido al llano por completo ya, y se había hecho de noche cuando una mancha plateada indicó que allí estaba el río. Menos mal, porque nos estábamos yendo hacia el este.

—Bien, ya está. Deja la carretera ahora, y al norte directos.

Giré. No levantaríamos ni diez metros sobre el suelo.

—Es zona plana, una llanura con cultivo de algodón y maíz. No debemos estar lejos de Bannu, que es una población agrícola. Pero hay que evitarla. Ahora escucha: sigue a esta altura, y no enciendas luces. No encontraremos más que la cabaña de algún campesino, y le daremos un buen susto, pero nada más. No hay cables de electricidad ni nada parecido. Mantón rumbo norte, y déjame hacer a mí.

Obedecí, sorprendiéndome a mí mismo. Ni a mi madre le he hecho tanto caso en mi vida. Pero el tío sabía claramente lo que se traía entre manos. Le miré en la semipenumbra de la cabina, con las luces sólo del tablero de instrumentos, y me despertó admiración. Los que tienen racismo antiárabe no han visto a uno como éstos de cerca.

Ahora se puso a hurgar en la radio. Luego, cogió el auricular como micro, y se lo puso. Empezó a soltar palabras en árabe, esta vez más comprensibles para mí. Por lo menos me sonaba más conocido, aunque no entendiera lo que decía.

—Wihal.la humma jaira
k’día
—decía, o algo parecido.

Y luego, otra vez lo mismo: Wihal.la humma jaira
k'día.

No parecían responderle. Soltaba una exclamación de las suyas, por bajo, y otra vez: Wihal.la humma jaira
k'día.

La blanquísima le dijo algo. El respondió, en tono de pregunta. La otra afirmó, repitiendo lo que había dicho antes, a saber lo que estarían hablando entre los dos. Luego, la chica señaló la radio, y le hizo el gesto de girar un botón de mando, mientras repetía algo. Y el otro le obedeció. Giró el dial de sintonía, y volvió a repetir lo que parecía una llamada, o una contraseña, o quién sabe:

—Wihal.la humma jaira
k'día.

Las otras dos mujeres no hablaban. Hay que admitir que resultaba bastante impresionante volar en la noche, con las estrellas allí arriba, a la luz de los instrumentos, y una llanura inmensa pasando a toda velocidad por el descomunal parabrisas. Para colmo, estaba claro que dependíamos de los dos conocedores del país. Pero me pregunté qué se traerían entre manos. Y algo que ya me había pasado por la cabeza antes se convertía ahora en una clara convicción: aquellos dos no eran simples ciudadanos de a pie. ¿Cuál sería su juego?

Alguien contestó, por fin. Abdelatif hizo un gesto de entusiasmo, y separó un poco el auricular de su oreja, volviéndose a su compañera, para que oyera también.

Sólo entendí las primeras palabras: «Lailáj il.la Allah, Mujammadun
rassul'lah».
«No hay más Dios que Allah, y Muhammad (Mahoma) es su profeta». La *shahadah*, la profesión de fe, usada como saludo solemne por los creyentes en el Islam.

Pero cualquiera se tomaba a broma la cosa, tal como estaban de serios los dos. Hablaron por radio, ella incluida, varias frases. Luego, Abdelatif cortó la comunicación.

—Todo en orden. Nos esperan.

—¿Quién nos espera? ¿Dónde nos estás metiendo? —pregunté. Me tenía mosca ya con tanto árabe, venga de *jaches jaspiradas.*

—No hagas preguntas indiscretas, y no obtendrás respuestas

ofensivas —dijo el otro.

—Proverbio árabe.

—No, sabiduría popular musulmana —terció. ¡Y sonreía! ¡Increíble! Le debía haber puesto de buen humor hablar con los suyos.

Un rato después, siguiendo sus instrucciones, nos acercábamos a la luz. Resultó ser una hoguera, junto a la cual alguien saludaba. Quien fuera, apagó el fuego casi inmediatamente, cuando pasamos.

—Ahora, al oeste de nuevo. Verás dos fuegos sobre una colina. Ve hacia ellos.

Algo más allá, aparecieron los dos puntos luminosos. Impresionado me tenían.

Abdelatif murmuró algo, entre dientes. Su compañera asintió.

—¿Cómo? —pregunté. ¿No puede uno ser curioso, acaso?

—«Tres cosas son imposibles de ocultar: jinete sobre camello, fuego sobre alcor… y amor en quien de él es poseído».

En otro contexto me habría resultado cursi, pero ellos dos se habían cogido la mano y todo. Increíble entre su gente.

—¿Sabiduría popular? —dije.

—No, proverbio árabe.

Y nos carcajeamos todos, la monja la que más. Qué bonito, decía, y venga con qué bonito. Se pasaba, esta vez.

Indiana, dónde te has metido, pensé. Ahora resultan poetas estos dos. Y no faltaba más que la monja.

—Entre los dos fuegos, Indiana. Y luego, recto.

Obedecí, una vez más. Ya puestos… En cuanto pasamos, los apagaron.

—Ahora sigue hasta que encuentres cuatro puntos luminosos.

Aparecieron enseguida. Puntos nada más, desde luego. Latas con gasolina incendiada.

—Baja ahí, en ese cuadrado. Es terreno sólido.

Y allá fuimos. Las aspas, al girar, apagaron los fuegos, pero ya estábamos posados para entonces.

Pero cuando salté a tierra, tras desconectarlo todo, la blanquísima y Abdelatif estaban abrazándose con tres o cuatro personajes salidos de las sombras. Yo no entendía una palabra. Y tanto la monja como Joke, menos aún que yo. Pero ellos bien que soltaban risotadas, y venga de abrazos.

Abdelatif vino hacia nosotros. Dijo «amigos», y me vi abrazado yo también.

—Vamos —dijo el árabe—. Recoged todo lo de dentro del helicóptero, mañana no podréis hacerlo.

Cuando cogí mi bolsa de bandolera, y la pistola del desgraciado piloto asesino al que Joke ajustició, cerré cuidadosamente la puerta de la cabina. Me sorprendió ver que un par de hombres, con un palo largo, habían llevado las palas del helicóptero a la posición reglamentaria de recogida, paralelas al fuselaje, el extremo trasero sujeto a la cola. Aquellos tíos no era la primera vez que veían un Huey. No paraba de sorprenderme.

El resto fue una cena bastante exótica en el interior de una especie de gran cabaña de labradores. Había descubierto que estaba hambriento, cosa que hasta ese momento me había pasado desapercibida por las muchas novedades. Pero no habíamos comido nada desde que en la playa, junto al avión, recontamos los víveres. O sea, que devoré la especie de carne, las verduras con quién sabe qué, y los higos secos con almendras que nos ofrecieron. Menos mal que recordé que eran islámicos antes de preguntar si había vino, lo mismo me hubieran quemado en la hoguera. Hubo té con menta, claro, que se viera dónde estábamos. Y eso que Pakistán no es de los propiamente llamados países árabes.

Todo el cansancio se me vino encima de golpe, cenando. Nos separaron para dormir: la monja y Joke, en una habitación, cerrada por cierto sólo con una cortina. Yo, en la de al lado, y la pareja Abdelatif y señora, en otra más allá.

Me acosté sobre «buena paja fresca», que dice mi amigo Umberto, un italiano que se dedica a interpretar signos, y estuve a punto de dormirme un instante después.

A punto, digo, porque me interrumpieron. Un bulto menudo y como nervioso vino a reunirse conmigo sobre la paja. Era Joke.

—No querrás que duerma con la monja, ¿no?

Pobre reverenda, el miedo que pasaría esa noche, sola, con sólo la cortina.

Nosotros, claro, tardamos algo en dormir. En el mayor de los cansancios siempre se encuentra un hueco, sí hay una buena razón.

¿No creen?

Capítulo VIII

Fue bastante agradable encontrarse acompañado cuando amaneció.

Nos trajo al mundo de los vivientes algo que me sonaba conocido. No supe que era una llamada musulmana a la oración hasta poco más tarde.

Sólo que eran las seis y media de la mañana. Estos tíos no saben lo que es dormir, pensé.

Se lo solté a Abdelatif cuando se asomó a la cortina de entrada. Por cierto, puso una cara muy seria cuando vio a la holandesa conmigo. Siempre ortodoxo, aunque respetuoso.

—«Cuando la luz permite distinguir un hilo negro de uno blanco». Lo dice el Corán. Es la hora de que un creyente empiece el día.

—Ya, ya lo sé. Pero quedamos en que yo era un *kfir*, ¿no es eso? Entonces ¿por qué me despiertas?

Nada, no movió ni un músculo de la cara. Tío más serio.

—Si tu venganza puede esperar, la mía no. Saldré para Peshawar dentro de un momento.

No tienen piedad, esta gente.

Media hora más tarde saltábamos por el camino, a bordo de un vetusto camión en el que me parecía reconocer, más allá de las innumerables reparaciones y remiendos, a un Bedford inglés con doble fila de asientos en la cabina. Residuos de la presencia europea, que esta gente aprovecha.

Por cierto, que antes de arrancar, eché de menos el helicóptero. Se lo dije a Abdelatif.

—¿Que helicóptero? Aquí nadie sabe nada de un helicóptero. Son labradores. Aquí sólo hay paja. Nada más que paja.

Sonreía mirando un par de esos grandes montones de paja

apilada como una pirámide, que llaman almiares. Desconcertado al principio, me di cuenta luego de que el tamaño era suficiente para ocultar todo un «Huey Chopper» dentro. Astutos ellos.

—Sólo paja. Nadie ha visto nada más —repitió sonriente.

O sea, que el Bedford saltaba por los caminos hacia Peshawar antes de que el sol empezara a calentar algo.

Ahórrenme que les hable de los caminos y de los saltos. No me obliguen a hablarles de las torturas chinas, o pakistaníes. De los estragos que el tiempo puede hacer en unos amortiguadores británicos. O en unos asientos de lejana procedencia de las Islas. O de lo que representa verse obligado a mantener el equilibrio sobre unos muelles mal separados de la propia piel por los restos de una manta o unos cuantos sacos medio deshechos. No entraré en detalles, ¿de acuerdo? Gracias.

A medio camino, alguien nombró una ciudad llamada Kohát. Eso sí lo recuerdo. También, que paramos un par de veces, supongo que porque alguien se apiadó de los pobres occidentales y de su excesivamente sensible anatomía. Pero Abdelatif empujaba «vamos, vamos» y no había forma. Creo que llegué a odiarlo.

—Peshawar —dijo, al fin. Y se volvió a mirarme.

Debió verme en tan mal estado, que se echó a reír. Por lo visto, hacía falta darle guerra para que el sentido del humor le volviera. Dijo algo al conductor, uno de esos cetrinos pakistaníes de piel oscura y bigote, cejas y pelo negrísimos, y entramos en la ciudad.

Peshawar es la tercera o cuarta ciudad de Pakistán, y no está lejos de Islamabad, la capital. Pero es como un pueblo grande, muy agrícola.

No nos detuvimos hasta entrar, con camión y todo, en un gran patio rodeado de una tapia que no se saltaría ni un olímpico con pértiga. La que sí lo saltaba era una parra, que además daba sombra y uvas, todo por el mismo precio.

—Esperad aquí —dijo—. Y aprovechad para reponeros.

Pobres occidentales, nos dedicamos durante un rato a recomponer los restos de nosotros mismos que bajaron del camión. La blanquísima, tan fresca ella, nos hizo pasar adentro, donde una sonriente mujer nos dio de beber. Sí, lo han adivinado, té. Con menta, desde luego. Qué vaso de *whisky* iba yo a beberme, en cuanto pisara asfalto occidental…

Volvió Abdelatif, con cara de circunstancias.

—Sí, mis compañeros saben de un Zaid Al-Naqdali, que depende de alguien en Lahore. Pero con el Punjab alzado en armas como está, no se aloja en el Dean's Hotel. Saben dónde está, sin embargo, nos llevarán junto a él.

—Hecho —dije—. Vamos allá.

—Yo también —dijo Joke. Pero Abdelatif negó con la cabeza.

—Nada de mujeres —dijo—. Esperarán aquí.

—¡Estoy harta! —gritó la holandesa—. ¡Ya me tienen loca con la manera de tratarnos aquí! ¡Soy una mujer, no un saco de lastre! ¡No voy a dejar que me traten así, voy a ir, tengo más que nadie en juego en este asunto y voy a ir!

Abdelatif seguía negando. Parecía una pared de roca, sin fisuras.

Aixa cogió de las manos a la furiosa Joke.

—El papel de los hombres en la lucha es diferente. Ven y…

—¡Basta ya! —gritó la otra soltándose—. ¡No me da la gana! ¡No voy a encerrarme en un harén con un montón de…!

Cuando la bofetada estalló en su cara, Joke se desinfló rápidamente. Miraba a Aixa como si no pudiera creer que le hubiera atizado. Creo que con sorpresa, más que con ira.

—Eso, porque sé lo que hay detrás de lo del «harén», y me ofende —dijo—. Marchaos vosotros, tengo bastantes cosas que explicar a estas extranjeras sobre nuestra idea de la mujer en Islam.

Perplejo, subí a un coche, creo que un viejo pero bien conservado Tatra ruso. Desde luego, tanto el grosor de la chapa como la espartana y casi inexistente decoración interior, eran muy rusas.

Hicimos un largo trayecto por la ciudad, por entre un tráfico que volvería loco a cualquier occidental. Burros cargados que se te cruzan sin el menor aviso, niños que parecen pasar por debajo del coche y salir por el otro lado sin detenerse, mujeres que conducen su ciclomotor occidental vestidas con los trajes tradicionales, carros tirados por vejetes increíbles… Una pesadilla. Pero el pakistaní que conducía, color de aceituna, morenísimo, lograba salir del paso sin el menor problema. Un bocinazo, una sonrisa indulgente y divertida, un par de insultos contundentes en su lengua todo lo más, y a seguir. Conducía con una mano apoyada en la ventanilla abierta

y la otra como rozando el volante, relajadamente. Casi parecía dirigir el coche con las piernas solo, como hacen los buenos jinetes con un caballo adiestrado.

Cruzamos la ciudad. Fuimos saliendo a lo que claramente eran las afueras. El decrépito Tatra se detuvo ante una especie de bar o establecimiento de bebidas, en el que ningún letrero ni inscripción indicaba que lo fuera. Entramos. La parroquia estaba compuesta por individuos de aspecto más bien patibulario. Pero ya se sabe que los ojos oscuros de los de raza indostánica, los hindúes, resultan siempre siniestros a ojos de los occidentales. Luego no suele haber para tanto.

Pero esta vez sí había. Para tanto, y más.

Y encima no me enterada de nada de lo que hablaban.

—Wala janna inta galajiyya duna katíb, zaim —dijo Abdelatif. Y si no lo dijo, a mí me sonó a algo parecido.

No una montaña de hombre, sino dos montañas en un solo hombre, se interpuso entre Abdelatif y una escalera que se abría al fondo. La intención de la doble montaña era impedir que mi amigo cumpliera con su propia intención, que parecía ser subir por la escalera.

La montaña habló, con voz de trueno. Dijo:

—Maarra.

Y estaba claro que quería decir que no. Que ni hablar, vamos.

Abdelatif avanzó hacia el tío/montaña, con más ánimo que el Hillary aquel, el del Everest. Quedaron frente a frente. Un barrigazo del monstruo hubiera hecho volar a mi compañero de fatigas, pero si alguien parecía cerca de achantarse, era el hombre/montaña, por extraño que parezca. Que tío, el Abdelatif.

Su voz sonó cavernosa como la de un buen *jazzmen* negro cantando en tugurio de New Orleáns. Dijo:

—Galajiyya duna zaím, ¡katíb! —O algo con la misma música.

El otro empezó a ceder. Como si a la montaña le hubiera entrado un terremoto. Como si hubiera aludes.

Otro moreno-aceituno vino a ponerse al lado de la montaña, como los futbolistas cuando hacen el «cerrojo». El recién llegado estaba de acuerdo con el primero, claramente:

—Maarra. Maarra, habib. —O sea, que ni lo más mínimo.

Duelo de miradas. Abdelatif no abrió la boca. Lo miró. Lo

remiró. Lo recontramiró de arriba abajo. El otro le mantuvo la mirada, tembló luego un poco. Nada más que un poco. Abdelatif, impertérrito, se volvió a mí.

—Vamos, Indiana, amigo.

Por lo visto, reservaba la amabilidad para circunstancias especiales. O quizá esperaba que los presentes entendieran lo suficiente el inglés para reconocer la palabra. Pensé «bueno, Indi, viejo, siempre te ha gustado el alpinismo ¿no?». Pero allá fui.

¿Recuerdan lo de Moisés y las aguas? Pues más milagroso aún. La montaña y su otra mitad se apartaron como criados bien educados ante un invitado de su señor. Milagroso, lo juro.

Y luego, el paso volvió a cerrarse. Los que nos habían acompañado, no pasaron.

Esperaba que se los comieran, pero ni unos ni otros se inmutaron.

Ríanse de las solemnidades de los mafiosos, o del sentido del honor de los latinos, o de todo lo que hayan visto en materia de ceremonias guerreras. Te hacían sentir en puro Medievo. Gengis Khan en persona.

Y arriba, después de tanto, sólo había un vulgar hindú occidentalizado. Mucho menos exótico que sus secuaces. Y encima, oh vulgaridad, hablaba inglés. Qué decepción, adiós exotismo.

—Me pareció oír que me buscabais, forasteros.

El que seguía en plan Gengis Khan era Abdelatif. La raza, que se note. Se fue para él como si le acompañara un ejército a sueldo. Tieso como una espada. Señorial como un emperador.

—¿Zaid Al-Naqdali? —dijo, con la voz de *jazzmen* solista.

—Sí. Pero no recuerdo que tengamos negocios en común, forasteros —dijo el otro. Se le veía seguro de su terreno, pero con infinita distancia favorable a mi amigo.

—Sin embargo, sí que lo tenemos. Quizá mi amigo se lo exprese mejor —dijo, volviéndose a mí. Un detalle por su parte. Puede que pensara en Joke.

El tipo me estudió detenidamente. Yo intentaba sacar pecho, pero comprendo que junto al árabe, no daba el tipo. Decidí hablar antes de que se riera de mí.

—¿Ha oído hablar de un vuelo procedente de Karachi que se interrumpió sobre la costa de este país? ¿Un vuelo con algunos

pasajeros a bordo?

Si había oído algo, no lo pareció en absoluto. No movió un músculo, el tío.

—La aviación es un asunto muy azaroso, ya sabe… —despistó.

Yo saqué el as de la manga.

—¿No le dice nada tampoco el sobrenombre de Boeing? ¿Un piloto que es conocido por ese nombre?

Ahora le había cogido. La ceja se le disparó imperceptiblemente hacia arriba, por mucho control que quiso echarle. Blanco, Indiana, sigue el ataque.

—¡Pues sucede que en ese vuelo iba yo, que también iba mi amigo aquí presente, y varios pasajeros más que están enterrados en la costa en este momento! ¡Sucede que un asesino a sueldo habló demasiado después de fracasar en el «negocio»! ¡Sucede que el tal Boeing, antes de morir, nos dio el nombre del hijo de perra que iba a pagarle, precisamente aquí, en Peshawar! ¡Y sucede, por fin, que ese nombre coincide con el del cerdo sarnoso que tengo delante de mí, en este instante!

Qué actor se perdió el teatro. ¿Lo he dicho ya en otra ocasión? Lástima, pero es que es cierto. Nada como las ocasiones.

Dos hechos modificaron el escenario. Uno: el actor principal, el malo, el tal Zaid, encendió un cigarrillo inglés, pausadamente. Intentaba disimular, pero yo sabía que le había alcanzado. Dos: detrás de nosotros fueron apareciendo el hombre/montaña, su acompañante y dos más. «Hombre muerto eres, Indiana», pensé cuando los vi, de reojo. Pero no iba a bajar el tipo, claro.

Creo que Abdelatif ni se molestó en echar esa mirada de reojo. Sin descomponer su figura, hierático como un jeroglífico egipcio, seguía machacando con su majestad al tipo, al fantoche occidentalizado. Para qué copiarán esta gente modelos ajenos, cuando los tienen propios, y tan poderosos.

Ahora era evidente que el fantoche estaba nervioso. Ni siquiera la presencia de sus hombres le tranquilizaba.

—«La muerte ha de alcanzamos, fatalmente» —recitó—. «Destinada nos está, y nosotros a ella», que dijo el poeta clásico.

Resonó la voz de bajo de Abdelatif, como juez que dicta sentencia:

—Así es, en efecto. Tiene razón Amr Kultum al-Taglibi, el poeta

que dices —el tío se sabía la cita y todo—. Y tu muerte, el Cielo lo sabe, está escrito que te alcance aquí mismo. Tus delitos te hacen merecedor de ella.

Si en aquel momento le hubiera partido un rayo al tal Zaid, no me hubiera extrañado lo más mínimo. Así había sonado la maldición de Abdelatif. El otro intentaba mantener la compostura, y la arrogancia, pero el humo le salía por sitio equivocado, al fumar. No conseguía ni echar la bocanada presuntuosa que pretendía.

Hizo un gesto a sus hombres. Pero Abdelatif hizo inmediatamente otro, y más imperioso.

—¡Wafna! —dijo, o algo parecido. Y los otros ni llegaron a moverse.

El Zaid perdió la calma. Hizo otro gesto a sus hombres, igualmente sin resultado. Estrelló contra el suelo el encendedor de oro que aún mantenía en la mano, gritó algo en árabe, desencajado y furioso, a los esbirros. Y cuando, enloquecido, comprobó que lo habían dejado solo, pegó un ridículo salto y cruzó la habitación hacia una especie de cómoda, un mueble de madera tallada con cajones.

Cuando sacó el revólver del cajón, ya tenía yo en la mano la pistola de Boeing, y le apuntaba.

Él lo vio y dudó un momento. Creí que se echaría a llorar. Que no lo haría. Sudaba como un potro tras galopar por la pradera. Hizo un gesto como de llanto, soltó una especie de gemido. Y levantó el revólver.

Mi bala llegó antes, claro.

La suya salió, pero hacia el suelo. Estaba derrumbándose ya cuando apretó el gatillo. El PANNIIIIIG del disparo fallido llenó la habitación, rebotando el proyectil en las paredes, peligrosamente.

Mire a Abdelatif. No se había movido. Miré a los pakistaníes. Asistían a la escena como a un funeral, sin pestañear.

Avancé hacia el caído. Recordé al muchacho *hippy*. «Por Joke», pensé, y apreté el gatillo. Se estremeció entero, pero no hizo movimiento alguno.

«Y ésta, por Boeing, que hubiéramos podido ser amigos», volví a decirme mentalmente. Y le deshice el cráneo.

Un momento después, salíamos Abdelatif y yo. Los otros no se habían movido todavía cuando les dimos la espalda.

Capítulo IX

El Tatra devoraba los kilómetros por una infecta carretera, hacia el oeste. Conducía Abdelatif, y a su lado iba Aixa, muy concentrada en sí misma. Habíamos creído conveniente dejarles a ellos delante: las tribus de esa zona son bastante hostiles hacia los extranjeros. Así que yo compartía el asiento trasero con Joke (muy pegada a mí), y con la monja. Creo que esta última tenía sitio de sobra.

—Si quieres entender a los musulmanes, Indiana, aprende una cosa: el comercio, o los negocios, o cualquier actividad pública, son asuntos entre hombres. No se trata de mercancías, o de objetos, ni siquiera de razones o de ideas. Siempre se trata de hombres. De poder personal, de autoridad. Incluso más que de fuerza.

No tenía más remedio que callarme. Él había demostrado lo muy cierto que era.

—Los occidentales no comprendéis, por ejemplo, la costumbre del regateo en los mercados. Es una forma de trato entre personas, en busca de un acuerdo entre dos fuerzas. El vendedor te está midiendo. Si tú me haces rebajar el precio, eres un buen comprador, has de dejarme que yo sea un buen vendedor, que quedemos los dos en buen lugar. Es lo que vosotros llamáis un acuerdo entre caballeros. Eso enorgullece a los dos.

—Nunca me acostumbraré —dijo la religiosa—. Es duro para una mujer ese mundo de hombres.

Fue Aixa la que le contestó, saliendo de su mutismo.

—Dígame, si ha vivido en un país musulmán, o con parte de población musulmana como éste, ¿se ha sentido perseguida, o ha pasado miedo? ¿La han ofendido como mujer?

Sor María pensó un momento, antes de responder:

—La verdad, menos que en Europa. Son de una forma especial.

—Porque usted es la mujer del Dios de los cristianos —continuó Auca—. Si no fuera usted vestida de esa forma, significaría que no pertenece a nadie, y por lo tanto está disponible. Las mujeres occidentales tienen fama de libertinas en nuestros países (y la verdad, se han merecido esa fama buscando emociones fuertes y sexo fácil). O sea, que los hombres interpretan, según sus referencias, que están buscando lo que ellos están deseando ofrecerles, y allá van. Cuando alguien, con el traje o con la actitud, da a entender que no es así, de forma que ellos entiendan, entonces no encontrará usted hombres más respetuosos que los de países musulmanes.

—Sí, pero siempre la mujer propiedad del guerrero, parte de su botín de guerra —intervino Joke—. No me convence. Lo siento, Aixa, a pesar de todo no me convence. Yo soy mía, y no cedo a nadie la propiedad de mí misma.

—Yo estoy contenta de estar donde estoy, y no me parece que nos vaya mal a las mujeres islámicas —dijo Aixa, sonriente, mirando a su hombre. Se volvió luego hacia nosotros y siguió—: No somos tan tontas como nos imagináis las occidentales. Hay muchas cosas por cambiar en nuestras costumbres, desde luego, pero tendremos que hacerlo a nuestra manera. A las mujeres occidentales no se os ve felices, no parece que os vaya demasiado bien.

Hizo una pausa, y añadió, con una sonrisa más amplia todavía, como no le había visto yo antes:

—Y lo que los hombres no saben es que, al final, siguen en nuestras manos.

Mientras todos reíamos, incluido Abdelatif, recordé la escena de la radio, cuando Aixa, de hecho, daba órdenes a su guerrero. La verdad, ¿quién es dueño de quién? Aquello tenía aspecto de cuento de nunca acabar.

—¿Dónde diablos vamos? —pregunté a Abdelatif.

—¡Ah, los hombres cambian de conversación! —soltó la monja.

Y nuevo carcajeo general.

—Vais a tener la suerte de salir del país por un lugar lleno de historia —respondió el conductor—. ¿Has oído hablar del Kyber Pass?

Por lo visto Joke sí, porque se atragantó.

—¿Por allí? ¿No hay otro infierno más cerca? —dijo.

—¿Qué tiene de especial ese lugar? —preguntó la monja.

—Es un sitio maravilloso —explicó Abdelatif, sonriente—. Contrabando de droga, comercio de armamento… En el pasado, hasta los ejércitos de Gengis Khan temían a las tribus de allí, los *pushtun*. Y también los ingleses, aunque fue por aquí por donde entraron en India. El Gobierno pakistaní actual no envía soldados a esta parte del país, prefiere alistar a gente del lugar. Y los rusos han cuidado de no provocarlos, al invadir Afganistán. Son la gente más indómita del mundo.

—Y al otro lado están los rusos, encima —dije—. ¿Cómo quieres que pasemos?

El otro seguía sonriendo, divertidísimo él. Decididamente, los líos le ponían de buen humor. Se dirigió a mí al responder:

—¿Que quieren los señores? ¿Tomar el avión en Islamabad, con alfombra de terciopelo y banda de música? ¿Cómo piensan justificar su presencia aquí, en lugar de estar honradamente muertos en la costa sur, donde el avión? ¡Hay que escoger entre ser un honrado y pasivo turista, o hacer lo que uno quiere hacer, con todas sus consecuencias!

Tenía su razón, la verdad.

—Además, ahora hay un cadáver en Peshawar. Un hombre importante, a sueldo de una Compañía Aérea. ¿Quieres tener que explicárselo a la policía local? No te lo recomiendo —dijo, y ahora se dirigía a Joke, con toda la intención.

—Sigo sin imaginarme cómo podemos cruzar la frontera —dije.

—Por medio del comercio —respondió—. ¿No te lo había dicho?

Recordé que algo de eso había dicho, en el helicóptero.

—Tendréis ocasión de comprobar que el comercio es el lenguaje más universal de la tierra.

Tierra era lo que abundaba en la región, desde luego. Pura y simple tierra batida era sobre lo que rodábamos, mal llamado carretera. Todo el tratamiento que había recibido la superficie no era de asfalto, sino el paso de los ganados o las caballerías. Pero por lo visto, en la URSS saben de ese tipo de caminos, porque el Tatra rodaba como a sus anchas. No serán lujosos ni bonitos, pero resistentes sí que son los coches rusos, lo más parecido a un tractor agrícola que he visto en un turismo.

Sólo que menos mal que no había tráfico rodado.

Dejábamos detrás una estela de polvo flotante como si se acercara un ciclón. Me horrorizó la idea de tener que rodar detrás de alguien por un camino parecido y ser nosotros los empolvados.

—No se puede decir que sea un sitio bonito —comentó la monja.

El terreno había ido cambiando poco a poco, haciéndose cada vez más deprimente. Parecía como si por todas partes no hubiera más que polvo. Montañas de polvo, caminos trazados en el polvo, hierbas y matojos polvorientos y hasta los escasos seres humanos que cruzábamos parecían empolvados. Todos los colores del paisaje eran apagados, terrosos, con una inmensa impresión de abandono. Y a la vez, con algo amenazador flotando en el ambiente. Como si el mismo polvo amenazara con devorarte.

Y encima al sol. Un sol de plomo cayendo como una maldición del cielo, silenciosa y aplastante. Aumentando más aún la impresión del lugar maldito, inhabitable.

Parecía imposible que en aquel territorio pudiera sobrevivir un ser humano, y menos aún tenerle apego a semejante infierno. Y sin embargo, yo había oído hablar en medio mundo de la fuerza con que defienden su tierra los *pushtun*. Llevan siglos habitando ese lugar, y se aferran a su terreno con orgullo de felices propietarios de un paraíso. Se han ganado el respeto de todos los gobiernos de la tierra. Hasta los ingleses, que no han respetado más que a ellos mismos desde que el mundo es mundo, les permitieron conservar sus costumbres propias… después de intentar dominarlos y salir escarmentados. Serán pobres, pero son orgullosos. Ganaderos a veces, pero siempre con un fondo de guerreros. Bueno, y comerciantes. O más bien ladrones. Contrabandistas de todo lo que se pueda contrabandear. Sí, había oído hablar de ellos.

—Desde que los rusos invadieron Afganistán, los *pushtun* están haciendo el gran negocio —dijo Abdelatif—. Comercian con armas, y abastecen a toda la guerrilla antisoviética. Incluso las fabrican.

—¿Qué es lo que fabrican? —pregunté, con todo mi asombro puesto—. ¿Las armas?

El árabe estaba divirtiéndose como un potentado que enseña sus riquezas.

—Sí. Han sido buenos herreros desde hace siglos. Cuando les venden armas defectuosas, les hacen piezas nuevas. Por ejemplo, los gobiernos militares de medio mundo almacenan los fusiles sin el

percutor, para evitar robos. Ellos, o sus clientes, los roban y les hacen percutores nuevos. No son maravillosos, y terminan estropeándose, pero funcionan.

El Tatra se detuvo un instante después, para no tropezar con una caravana de mulos cargados hasta arriba. Todo parecía muy inocente.

—Poned cara de buenos chicos, —dijo Abdelatif—. No es lo que parece.

Los mulos se movieron hasta ocupar toda la «carretera» o lo que fuera aquello. Cuando miré por el cristal de atrás, vi que uno de esos pakistaníes con aspecto siniestro estaba moviendo tres o cuatro de los animales también por detrás, cortando la retirada del coche.

—Un control —informó Abdelatif, en un susurro—. A su manera, claro.

Ahora estábamos rodeados de animales por todas partes. Una masa de mulos cargados que lo tapaba todo, no se metían por las ventanillas del coche de puro milagro.

Por entre la muralla animal, apareció un arriero de mirada estúpida. Sonreía estúpidamente, enseñando unos dientes en derrota. Parecía empeñado en demostrar lo muy estúpido que era, pidiendo disculpas por sus estúpidos animales en un dialecto incomprensible para mí.

—Wihal.la humma jaira
k'día
—le contestó Abdelatif, con la voz de *jazzmen* y aquella expresión ya conocida. Volvía a ser caudillo de guerreros, en su actitud y sus gestos.

El otro cambió radicalmente. No se cuadró ni dio taconazo, pero casi. Toda la estupidez se le evaporó de pronto. Los ojos le brillaron. Cerraba ahora la boca, pero si de pronto hubiera visto que la dentadura se le había puesto perfecta como la del mejor cliente de un dentista genial, no me hubiera extrañado nada. Transformación radical. Para que te fíes de las apariencias con esta gente.

Nos dijo una palabra, pero se irguió en toda su estatura.

—Lailáj illa Allah —añadió Abdelatif—. Mujammadun
rassul'lah.

El otro desapareció entre los mulos como un rayo.

Sonaron voces allá afuera, al otro lado de la muralla animal.

Voces de mando furiosas, desencajadas, con un inequívoco tono de urgencia.

Y de pronto, los que desaparecieron fueron los mulos. Como si se los hubiera tragado la tierra, o más bien el polvo, porque un momento después sólo había polvo alrededor. Y cuando se disipó la polvareda, allí estaba el individuo que nos había hablado antes, revestido también de una impasible dignidad de guerrero.

—Habib —dijo—. Habib —añadió algo más, con un par de palabras breves.

—Habib —respondió Abdelatif, con un saludo como hubiera podido hacer Carlomagno desde su trono real.

Puso en marcha el Tatra, y continuamos camino.

—Ya veis, hasta piden disculpas por las molestias —comentó.

Puestos a impresionarnos, nos había impresionado con la demostración.

—Impresionante —dije. (A veces es bueno decir lo que se piensa).

—Sí —dijo la monja, más impresionada que yo.

—Habrá más, antes del paso. Nadie que venga con malas intenciones podría burlarlos, y nadie vería sin embargo más que a campesinos imbéciles —dijo Abdelatif—. Nadie puede denunciar a un imbécil, ni siquiera ante una dictadura militar.

Condujo en silencio, y algo más allá añadió:

—¿Qué os decía?

En medio de la carretera había dos carros atravesados, cerrando el paso por completo, y dos campesinos que parecían enzarzados en una violenta discusión. Abdelatif condujo hasta ellos, y detuvo el coche a un paso de los carros. Apagó el motor y todo.

Ni se inmutó. Sacó la mano por la ventanilla, y chasqueó los dedos en otro gesto majestuoso.

Los otros siguieron discutiendo, no muy convencidos ahora. Estaba claro que habían visto el gesto, pero se creían obligados a seguir con la representación.

Abdelatif chasqueó los dedos dos veces ahora, soltando una de sus imprecaciones sonoras. Pero no perdía la majestad ni maldiciendo.

La discusión cesó. Uno de los campesinos vino hacia la ventanilla del monarca, pero no llegó a hablar. El otro soltó una

exclamación en su lengua, y saltó hacia su compañero, señalándole algo que estaba a nuestra espalda.

Me volví rápidamente, pero habíamos levantado demasiado polvo al llegar. Sólo pude ver algo que se movía, allá lejos, quizá una figura haciendo señas.

Los carros desaparecieron con la misma rapidez que lo habían hecho los mulos. Y esta vez levantaron menos polvo.

—Jal.lahdía, habib. Jal.lahdía —dijo uno de ellos, con una especie de reverencia mínima.

Abdelatif correspondió con un gesto magnánimo desde lo alto de su majestad, poniendo en marcha el coche.

—Pero bueno —consiguió decir la monja—, ¿estamos viajando con un príncipe oriental sin saberlo?

—Algo parecido, pero de nuestra época —contestó Aixa, mostrándonos la más maravillosa sonrisa que nos había enseñado hasta el momento. Estaba claramente orgullosa de su hombre.

Abdelatif le dijo algo rápidamente, en árabe.

—Bronca —dijo Joke—. El príncipe se ha molestado.

—Me dice que nada de príncipes —informó Aixa, siempre sonriéndonos Ya no queremos más príncipes, *aljam du lih.lah*. Nunca más.

Pero estaba claro que, cualquiera que fuera la autoridad o rango de Abdelatif y señora, pertenecía al secreto del sumario. No íbamos a salir de dudas por el momento.

El camino, o el sendero, o lo que fuera, seguía adentrándose en zona montañosa. Las alturas se habían ido haciendo cada vez mayores, y eran ahora montañas más que respetables. A los lados del camino, los llanos entre rocas eran cada vez más pequeños. Pero ahora había más construcciones a la vista, cabañas miserables de adobe y techo plano, y entre ellas algunos hombres armados.

Los siguientes ya no hicieron representaciones. Apenas nos miraban al pasar, o lo hacían de reojo, sin inmutarse. Estaban a los lados de la carretera, relajados, con las armas en la mano o colgadas del hombro. Armados siempre, portando cuchillo a la cintura algunos. Sentados en bancos de ladrillo, o sencillamente tumbados de medio lado en el polvo, ocupados en algo.

—¿Qué hacen? —preguntó la monja, que cuando cualquier cosa le impresionaba se volvía lacónica.

Por toda respuesta, Abdelatif redujo la velocidad del coche. Al pasar cerca de otro par de hombres recostados de medio lado, pasó lentamente casi rozándolos. Sólo hicieron un leve gesto de fastidio cuando la nube de polvo que levantábamos nos alcanzó, envolviéndoles.

Tenían trazada en la tierra una cuadrícula, y clavados en medio de algunos de los cuadros, palitos distintos, cortados en distintas formas.

—No me diga que es… —empezó la monja.

—Ajedrez, juego de reyes, claro. ¿Quién cree que lo inventó? En Europa lo conocen porque lo aprendieron de los árabes de Al-Andalus —dijo Abdelatif.

Ahora empezaba la cuesta. El camino subía, una curva detrás de otra, hacia las alturas de la cordillera. Los montes eran ahora cada vez más rocosos, verdaderos riscos. Y algunas casas aquí y allá. Empecé a entender por qué no ha habido quien desaloje a esa gente de semejante lugar.

—Bueno, allá vamos —dijo Abdelatif—. Empezamos la subida hacia el Paso. A ver si es tan terrible como dicen.

El Tatra atacó la cuesta con todo empeño. La calidad de la carretera no había cambiado. Ascendía por una especie de desfiladero, dejando a un lado el cauce más que seco de un río, torrente o lo que fuera. En cualquier caso, parecía más bien que hubieran pasado siglos desde la última vez que llovió por allí.

En un continuo zigzag de curva tras curva, ganábamos altura. Y conforme lo hacíamos resultaba más claro por qué el lugar tiene el renombre que tiene. A cada kilómetro resultaba más estrecho, como si un momento después fuera a cerrarse por completo.

—Por aquí, más vale no detenerse. No parece haber nadie a la vista, pero aparecerían al momento. Y con intenciones no muy claras. Lo veréis escrito junto a la frontera, en un par de carteles. Nada de turismo por libre, a los *afridis*, que es el nombre de la tribu de por aquí, una de las *pushtun* no les gusta. Te dejan pasar, si están de buen humor, pero no pises su territorio. Lo toman como un desafío. Y quien se lo hace, lo paga.

De pronto, en mitad del paso, a un lado del camino apareció una pagoda en ruinas. Algo más allá, otras ruinas griegas. Y poco más lejos, la aportación del siglo XX: barreras antitanque, como aquellos

que en las costas de Normandía se llamaron «espárragos de Rommel».

—Contra los tanques rusos —aclaró el guía turístico—. Son vecinos molestos, y se quiere impedir que repitan lo que hicieron en Afganistán.

—Sigo esperando aclaración sobre cómo vas a conseguir que esos chicos con acojan en sus brazos fronterizos —dije.

—Pues no vas a tardar en saberlo —respondió.

Y un momento después, tomando un camino lateral, se detuvo ante tina cabaña que aprovechaba las ruinas de algo que parecía griego también. Estábamos en mitad del paso.

—Esperad aquí un momento. Ni se os ocurra bajar del coche. Tendríamos problemas serios.

Descendió él, y caminó despacio hacia el hombre que apareció en la puerta de la cabaña. Una vez más se había revestido de su autoridad de jefe de guerreros. Hasta la manera de andar lo daba a entender.

Un momento después reaparecía.

—Podéis bajar del coche y estirar las piernas. Pero no deis más que unos pasos, y no hagáis movimientos extraños. Sobre todo tú, Indiana. Te necesitaré pronto.

Volvió a entrar en la cabaña. Las mujeres bajaron del coche, temerosa la monja, Joke pegándose mucho a mí entre inquieta y curiosa, y Aixa absolutamente segura de que su hombre controlaba la situación. No habíamos tenido tiempo aún de saborear el aire de la mañana en el Paso, fresco a pesar del sol y del polvo, cuando reapareció Abdelatif, llamándome.

—Ven acá, Indiana, por favor.

Cuando entré en la cabaña, tuve que hacer un esfuerzo por acostumbrarme a la falta de luz. Luego, por contener una exclamación de asombro. Aquello parecía un supermercado: armas por todas partes. Hileras de armas, ordenadas contra la pared. Viejos fusiles «Enfield», británicos. «Máusers» alemanes. Tres o cuatro «Garand M-l» americanos. Y pistolas, cientos de pistolas. Estantes a todo lo ancho de la pared, con una serie de clavos bastante juntos en el borde, con pistolas colgadas, por el guardamanos del gatillo, en cada uno de ellos.

—Saluda al señor, amigo. Has hecho el negocio de tu vida.

Concretamente, acabas de comprar tu salvoconducto para cruzar la frontera.

No estaba bromeando. Mantenía la voz de *jazzmen*. O sea, que seguí la representación, y saludé al hombre.

Era un tipo de cara mofletuda, con un fez de ésos con forma de maceta al revés, tan islámicos. En color verde Islam, además. Tan moreno de piel, que apenas se le distinguía en la oscuridad. Sonreía con satisfacción, y se llevó al corazón la mano tras estrechármela a mí. Muy islámico todo.

Salimos, y juraría que era un cuerno de caza lo que sonó un momento después. Pero Abdelatif no me dejó pararme a comprobarlo.

—Vamos —dijo—. Ahora no hay tiempo que perder.

Subimos de nuevo al Tatra, y arrancó en plan competición, casi en dos ruedas.

—Bien, ahora, escuchadme. Nos quedan pocos minutos de estar juntos. No repetiré las instrucciones.

Sonaba bastante solemne, y se había puesto serio.

—Como habéis supuesto ya, tanto yo como mi mujer pertenecemos a un movimiento de liberación islámico, ilegal en este país desde la dictadura militar. No importa el nombre, y es mejor que no lo sepáis. Tampoco cuál es exactamente mi puesto, basta con que os diga que bastante importante.

Vueltos al camino principal, aceleró aún más el coche, que continuó la subida hacia el paso como un verdadero ciclón, un tornado sólo de polvo. A lo lejos, sin embargo, galopando a toda velocidad, me pareció ver que un jinete hacía el mismo camino, pero trepando por las laderas del cauce seco del río. Un mensajero, seguro.

—Íbamos hacia Europa, clandestinamente como es lógico, cuando empezó todo esto. Pero he creído que valía la pena hacer este camino juntos, y eliminar de paso a quien pudo matarnos, uno de esos traidores occidentalizados que son los peores enemigos de nuestra revolución, dentro de las fronteras. En cualquier caso, interrumpido el viaje, ésta es una de las pocas salidas seguras del país, donde burlar la vigilancia del Gobierno de la dictadura.

Quise preguntar algo, pero no me dejó. Continuó hablando, sin dejar de conducir como un salvaje. Trazaba cada curva al límite,

acercándose al barranco a veces de forma que hubiera puesto la carne de gallina a un campeón de *rallies*. Pero no hacía siquiera pausas al hablar.

En una de las curvas interiores, pegadas a la montaña, desde donde no se veía la cumbre del valle ni el final del paso, detuvo el coche. Luego, se dirigió a Aixa:

—Dales los papeles, Aixa. —Y mientras ella sacaba de entre sus ropas algo y nos lo entregaba, continuó:

—Conserváis vuestros documentos, ¿verdad? Ninguno de vosotros los perdió cuando el accidente, ¿no es eso? Bien, estos papeles me los facilitó la gente de mi organización que nos dio alojamiento la noche en que dejamos el helicóptero. Por fortuna, estamos bien organizados. Faltaban algunos datos, y un par de sellos especiales, que sólo consiguen falsificar los *afridis* de aquí. Por eso hemos venido a negociar con ellos. Ahora todo está en orden.

Intervine. No me podía aguantar más.

—Negociar ¿qué? ¿Cuál es el precio? Algo les habrás pagado, ¿no?

Sonrió ahora, lo que no había hecho desde un rato antes, y se le puso una expresión muy especial cuando continuó:

—Yo no, se lo has pagado tú. Eso le he dicho, por lo menos. Por eso el favor te lo van a hacer a ti, Indiana, y a las mujeres que te acompañan.

A la monja no le hizo ninguna gracia verse así incluida en mi harén particular, pero fue prudente, no dijo nada.

—Te dejarán pasar, pero a su manera. El precio bien vale el favor.

—¿Qué precio, me lo dices de una vez? Y además, ¿qué significa «a su manera»?

El muy zorro se reía abiertamente.

—Un helicóptero. Has pagado con un helicóptero. Un Bell «Huey Chopper», que será un arma muy útil para mis hermanos en la fe del Profeta, los guerrilleros afganos. Es un buen precio, que este hombre te pagará muy bien. Yo también sacaré algo, claro.

Empezaba a entender. Pero me estaba temiendo algo. El tono de guasa y la risa de Abdelatif me estaban haciendo temer algo parecido a una broma pesada.

—¿Cómo quieres que los rusos te dejen pasar? Te he dado un

buen salvoconducto, papeles que te acreditan como colaborador de una de las organizaciones que se oponen a la dictadura militar pakistaní. Los rusos saben que hay extranjeros que trabajan para nosotros, dándonos instrucción militar y adiestramiento para guerrilla urbana. Pero tú llevas pasaporte americano, y tu país está apoyando a los afganos como parte de su propia política antirrusa, ¿verdad? ¿Cómo van a creerte, entonces, sin un gesto especial de credibilidad? Eso es lo que has pagado con el helicóptero, Indiana. Los *pushtun*, concretamente esta tribu *afridi*, han quedado en proporcionártelo.

Hizo una pausa, y lo soltó:

—Van a hacer más creíble vuestro gesto de cruzar la frontera. Van a disparar sobre vosotros con todas sus armas, montando una orgía de pólvora como solo esta gente belicosa saber hacerlo.

—¿¿¡¡Cómo!!?? —grité, lanzándome hacia él.

—¡Claro! ¡Será el mejor salvoconducto! ¿No lo entiendes? Las tribus os atacarán, los soldados gubernamentales también dispararán y pasaréis la frontera dispuestos a ser acogidos como héroes por vuestros salvadores, los rusos.

Las palabras se me agolparon en la garganta. Hijo de puta, la que nos había armado. Y se reía, el tío.

—No te preocupes, los documentos te acreditan como personaje muy Importante para nuestra lucha de liberación. Los rusos no querrán quedar mal con nosotros, es Importante para su política Internacional. Nos cuidan mucho, para cuando caiga el dictador. Quizá os hagan preguntas, pero no os torturarán siquiera… ¡Eh!

Joke se había lanzado sobre él, Impetuosa. Tuve que sujetarla para que no le pegara.

—No os preocupéis. En cuando digáis que vuestra Intención es seguir viaje, os facilitarán plaza en el primer vuelo hacia Europa. Hay aeropuerto muy cerca, en Kabul. Y cuanto antes se libren de vosotros, mejor. Estarán deseando.

Joke pareció tranquilizarse un poco con eso.

—¿Ves? No es tan grave, extranjera. Y además, los *afridis* están sobre aviso. Les encanta la pólvora, pero no tirarán a dar. Son comerciantes, no estropearán un negocio agujereando la mercancía. Y ahora ¡rápido! Os estarán esperando allí arriba, en el paso. Cuanto antes lleguéis, menos gente habrán movilizado, y menos

probabilidades de que se os ponga la cosa fea. Coge el coche, Indiana, y ¡suerte!

—Maldito discípulo del Profeta… ¡Ya te devolveré el favor con creces! —le dije, sin saber si pegarle o abrazarlo. Muy árabe, lo de la broma entre hombres.

—Déjame un mensaje en la librería «L'Harmattan», si pasas por París. Los amigos nos contactamos allí.

Me senté al volante. Por fortuna, todos los coches del mundo son iguales, o se diferencian muy poco, rusos o no.

—Bueno, algo más, Indiana. Recuerda, los *afridis* están en el secreto… *pero los guardias gubernamentales no*. O sea, que a lo mejor éstos sí tiran a dar. Eso dará mayor realismo. Protege bien a tu harén, ¿eh? ¡Buena suerte, amigo!

Arranqué, maldiciéndolo con toda mi voz. Pero no pude evitar, en la siguiente curva, volverme a mirar hacia el lugar donde aún estaban, él y la blanquísima Alxa. Saludaban con la mano, y les correspondí, maldiciéndolo a voces aún. Joke también les hizo gestos de saludo, y luego se apretó contra mí un poco más aún.

En cuanto a sor María Fuencisla, aún no las tenía todas consigo.

—No debo de haberlo entendido bien —dijo—. ¿Qué es eso de que van a disparar contra nosotros? Este hombre, Abdelatif, ¿no es amigo nuestro? Entonces, ¿por qué dice ahora que…? ¡No entiendo nada!

Miré a Joke. Su cara decía claramente «pase lo que pase, estoy a gusto contigo».

Me daba una enorme pereza explicárselo todo a la reverenda precisamente entonces.

—Sor María —le dije, creo que por primera vez en todo el viaje —. Lo mejor será que se tumbe ahí atrás, entre los asientos, y rece todo lo que sepa, pero en silencio. Lo demás, déjeme hacerlo a mí.

Lo hizo. Creo que se ofendió un poco. Al fin y al cabo, se había portado, durante todo el viaje. Pero no estaba la situación para más detalles.

Allá arriba, a poca distancia ya, aparecía el final del paso. Y la frontera.

Todo empezaría de un momento a otro. Pero yo también, como Joke, me sentía seguro.

Qué viaje, *en el nombre de Allah demente y misericordioso.*

Cuando puse en marcha el vehículo, sudaba como un condenado a muerte.

Cuando aceleré estuve a punto de sufrir un Infarto de miocardio.

Pero cuando crucé bajo el fuego de mis «amigos», descubrí el secreto de su gran amor por la pólvora…

¡¡¡Necesitan muchas balas, muchos miles de balas, para que una sola de ellas de en el más grande de los blancos!!!

Y, cuando vi a aquellos soldados rusos tendiéndome una botella de vodka…

En fin. Estuve tres días borracho.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase en esta colección «Siglos bajo el agua», n.º 28 < <

[2] Idem. «Judy con esquís en Los Diamantes», n.º 23 < <

[3] Idem, «infinitas horas en Le Mans», n.º 33 < <